

BE *y* PIES

GABRIEL WOLFSON



BE Y PIES

Primera edición, 2015

El autor escribió estos relatos cuando tenía el apoyo de una beca para Jóvenes Creadores del FONCA, en 2011.

D.R. © Tumbona Ediciones S.C. de R.L. de C.V., 2015
Progreso 207-201, Col. Escandón
11800, México, D.F.
www.tumbonaediciones.com
[Twitter@tumbonalibros](https://twitter.com/tumbonalibros)

ISBN: 978-607-7534-58-7

Impreso en México.
Printed in Mexico.

D.R. © Gabriel Wolfson, 2015
D.R. © Diseño de colección y portada: Éramos Tantos

Impreso por Imagen es Creación Impresa S.A. de C.V.

Este libro está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-CompartirIgual 4.0 Internacional.



BE *y* PIES
GABRIEL WOLFSON



**COLECCIÓN
PROSAS FUGITIVAS**

BE

La carnicería. La mejor. La mejor carnicería de la historia de este país. Una fila de cabezas, otra de troncos o esternones, como se diga, torsos, troncos. Lo que uno diría: cuerpos. Esa palabra, cuerpo, lleva a eso, la gran masa central. Cuerpos colgando de sus ganchos en el refrigerador, atrás. La sangre no congelada pero sí quieta, una combinación única de limpieza y sangre. La tabla que no es tabla en realidad, porque la madera, cómo le digo, la madera está viva, más viva que todas esas patas y cabezas. En la madera se quedan residuos, sangre, mugre, se lava y se queda agua y se hacen hongos, todo se infecta. La enorme tabla de plástico, fibra de vidrio dicen, ahormada al brazo y codo del carnicero. El maestro carnicero, el jefe. El cuchillo delgado para lo fino, el cuchillo gigante para quebrar ligamentos, separar extremidades. El afilador de mango blanco. La paleta de fierro para aplanar, en la que el maestro, antes de ser maestro, dejó un dedo. Uno diría que ahí empezó a ser el maestro, una vez que dejó ahí un dedo. La carne suave, manejable. Todo lo que hacen con la carne. Separarla, trocearla, limpiarla, desdoblarla en cien capas. El molino. Los sueños donde uno mete la mano al molino, o a un ventila-

dor. El mostrador con las mejores piezas. Las manos que se mueven solas. Las manos que ablandan, aplastan, soban, arrancan tres pellejos, sacan rebanadas. Hacen bola todo, las manos, meten todo a una bolsa. Las manitas, las orejas, los cubos de tocino. Las cabezas rosas, sonrientes, los ojos cerrados. El delantal blanco, con sangre. La tabla blanca, con sangre. El mostrador blanco, el refrigerador blanco y antiguo, la sangre enfriada y quieta, como un barniz. El cazo de cobre para hervir la manteca y dorar el cuero. La lámpara antimoscas. La cenefa, o como se diga, la pared de azulejos, la mitad de pared con azulejos. Un muchacho de sombrero y camisa arremangada que ara la tierra, nubes, un árbol frutal, la muchacha sentada que limpia semillas. Ese dibujo campestre en la media pared de azulejos. Los azulejos descoloridos de una de las mejores carnicerías de México.

En principio se trata de tomar una cerveza porque hace calor y porque lo menos apropiado en ese momento, incluso cromáticamente, es un refresco que deje la boca morada o guinda. Y no hay a la mano más que refrescos, naranjadas espesas y botellas de agua. Cuando se pide la segunda cerveza Jota siente una especie de orgullo: el peluquero lo ha preferido a él por encima de su familia, primas, tías, primos políticos, ahijados, por encima de sus amigos o sus conocidos de siempre, el hombre que les renta el local, el gordo que dejó el negocio hace dos años, el peluquero de niños, la señora de las uñas. Lo ha preferido a él para salir un momento y tomar una cerveza, es decir para apartarse y hablar, o para no hablar,

para hacer un primer corte en el camino de esas horas de velorio, lentas y convencionales. En realidad, piensa Jota cuando intuye con vanidad esa preferencia, en estos casos ha de necesitarse no hablar. Y para no hablar se necesita alguien, un acompañante que haga posible el no hablar. El peluquero había propuesto algo más simple, comprar una lata en cualquier tiendita y beberla ahí, en el quicio o en la banqueta. Pero Jota recuerda un lugar cerca, a tres calles, al que no ha ido en un buen tiempo, y toma del brazo al peluquero y le asegura que ahí estarán más cómodos, sentados en las mesas del patio donde podrán fumar. Golpe de efecto de Jota, complicidad fácil la del cigarro, incontestable aun en ese trance fúnebre: varias veces le escuchó al peluquero que la decadencia había comenzado con la prohibición de fumar dentro del establecimiento. Parecemos vagos de secundaria fumando afuera, decía el peluquero, ahí en la calle, y todo por una prohibición que se hizo efectiva no por los inspectores, los inspectores no visitan peluquerías, no hay inspectores antitabaco de peluquerías y estéticas, sino por los clientes, la clientela se hizo la gran inspectora, con su mueca gigante de asco, no les daba asco antes de la ley pero una vez promulgada la ley les empezó a dar asco, incluso un cliente, decía, me llegó a decir que fumar en una peluquería le parecía tan malo como fumar en un hospital. O una clienta, una muy buena clienta, que dejó de venir porque las manos, esas manos que le moldeaban la cabeza o le doblaban las orejas, olían a cigarro. Mis manos. Nunca me lo dijo, decía el peluquero, pero estoy seguro que fue eso, absolutamente.

Una tarde tranquila, entre seis y siete: aún no oscurece pero no falta mucho: el momento ideal para cortarse el pelo es por la mañana, para después bañarse, o casi en la noche si no se tiene ya nada más que hacer. Jota se ha hecho adulto ahí, al menos en esta ocasión, debido al peinado. Ha visto en el espejo cómo caen sus rizos, esos que, uno de cada doscientos días, se acomodaban solos para flotar como aureola oscura. Caen los rizos enteros y el pelo que queda ya no se enrosca, caen las patillas desbalanceadas, se pierde la melena trasera y emerge el cuello, la cabeza toma una forma casi rectangular, sin chiste. Jota exagera la significación del momento. En realidad no hay significación, pero Jota es terco en resaltar el hecho del espejo turbio, con rayones, ya imposible de desempañar, el hecho de su cara que se aquieta y espesa con la caída de los rizos, el hecho de que no ha leído ni ha habido plática, atrapado por lo menos diez minutos por el hecho de ver justo en ese espejo la pérdida de su melena. No la habrá de nuevo, nunca más podré dejarme la melena, piensa Jota. Claro que la habrá, pero eso no importa. Importa el drama, la dulce exageración de la derrota, la proyección de una cabeza casi calva, o más bien, de pelo inmovilizado por tantos años de cortarlo y peinarlo del mismo modo, la rutina sin gloria de terminar como el mejor cliente de una peluquería sin clientes ni leyenda, la imagen de un profesor, Jota, visto ya por los alumnos como uno más de la cuadrilla de viejos que trabajan y mandan en la escuela, los hombros caídos o bien retenidos para siempre en la cima de la tensión como correlato obvio del pelo caído, algunas mujeres que, ahora en su

mejor momento, lo juzgarán irreconocible, insospechado su emparejamiento con la más pura medianía, el pacto antifáustico que por los dones de la melena obtiene comodidad y rapidez para peinarse, y de pronto las humectadas humectantes yemas tibias, las yemas del peluquero en su nuca, alistando a repasones la piel para el toque final: la rasurada: se quiebra la atrabancada imagen de la derrota, toca concentrarse en la sensación de esas yemas maestras que calman de golpe la ligera irritación tras la navaja. Jota cierra los ojos, en serio.

Es, ¿qué?, la cuarta vez que se ven. Cómo decirlo: que se ven solos, que se ven sólo ellos dos, para platicar, para no platicar, no está claro. Es la cuarta vez y Jota no sabe ni su nombre. Nur no puede ser un nombre, piensa, aunque a estas alturas, etcétera: hasta un artículo o un pluscuamperfecto podrían. O bien, por qué no, Pluscuamperfecto, don Plus le dirían. Por qué no Rima, ponerle a una hija Rima, o ponerle a un hijo Treno. No están mal. Uno diría que Nur es Nuria, aunque haya nacido, según yo, unos años antes de la moda catalana, piensa Jota, pero a estas alturas Nur puede ser lo que sea, o nada, quizá se llame Lucía o Laura pero ella decidió llamarse Nur y punto, y quién le dirá algo. No la veo ahí, a Nur, rebautizándose, pero en general no la veo en ningún lado, piensa Jota. Caminan cerca de Xonaca, el barrio de Nur. Es lo único que Jota sabe de ella, que vive ahí, el mismo barrio de Ana. Le sugirió caminar porque Nur no conocía el barrio de junto y porque él no sabía qué otra cosa hacer. Qué se puede hacer, “tomar un café”, “tomar algo”, “ir

al cine”, “salir”. Salir de casa, de la ciudad, salir de uno mismo, pedir a alguien compañía para salir de uno mismo, acompáñeme para desensimismarme si me hace favor. Caminan junto a un mural fosforescente, pasan por una desembocadura de varias calles imposible de definir como plaza o esquina. Nur va atenta, como en medio de una excursión turística: descifrando tamaños, tonos, proporciones de una ciudad lejana a la que no se va a volver. “Nur”, piensa Jota. “Nur” no conoce estas calles a doce o cinco calles de su casa, “Nur” no ha tomado una foto nunca, “Nur” no sabe qué cosa es una “rueda de prensa” o una “hora feliz”. Desde su perspectiva debo ser una fuente de información, desde la mía no sé qué soy ni qué hago aquí. Nur lo toma del brazo y Jota se inmoviliza, aunque desde luego siga caminando y siga viendo al frente, qué es esto, piensa, no es nada, debe ser simplemente nada, tranquilo, un poco de confianza, o debe ser eso que por otra parte no creo que exista en el mundo, el afecto, el afecto puro, eso en cuya existencia no voy a empezar a creer ahora, me van a meter a la cárcel, piensa Jota y aguanta el aire, le llevo veinte años más o menos.

Cuéntame de tu novio el esquizofrénico. No es mi novio, dice Ana, si acaso fue, fue mi novio, pero no fue mi novio. No creo haber tenido novios, lo que tú dirías que es un novio, dice Ana, sentada casi en posición de yoga, cada pie encima de la rodilla opuesta, la espalda fácilmente recta, sólo si acaso uno en la secundaria, un san bernardo, haz de cuenta un san bernardo pero flaco, débil y dependiente, me veía como una gran maestra

aunque yo no sabía nada de nada. Cuéntame del esquizofrénico, anda, algo, dice Jota, apoyándose para levantarse. No fumes, dice Ana, te cuento, pero qué, ya te conté. Jota vuelve a acostarse, no le importa no fumar, tampoco que, por la posición de ambos, sus manos queden inmovilizadas ni que, de hecho, apenas pueda ver a Ana. Incluso se concentra en un pedazo de piel como si fuera un pedazo de alfombra o una loseta. Quiere escuchar todo lo posible sobre la vida sexual de un esquizofrénico, o con un esquizofrénico. Cree que en esos relatos va a encontrar formas inéditas de coger, formas cuya diferencia, o cuyo eje de diferenciación, no tenga punto de contacto con los ejes tradicionales, como si se tratara de otra actividad, qué podría ser, cantar ópera o llenar un interminable formulario, cortar pasto. Y no porque quisiera imitar esas formas o aprender de ellas, tendría que ser imposible por otra parte, sólo quiere escucharlas, saber que existen, anhela oír que hay esas otras formas, tan diferentes, ni siquiera podría hablarse de diferencia de tan ajenas, piensa, tan incomparables. Pero Ana no entiende qué cosas querría oír Jota —en cuyo caso, sin ninguna duda, ella incluso podría inventarlas, sencillas cápsulas extraterrestres que acumular en esa cama, como falsa diosa que dona baratijas eficientes a su grey, piensa Jota, si no fuera porque falsa diosa, piensa, es una redundancia. Eso piensa Jota, que Ana no ha entendido su curiosidad, no la ha visto como curiosidad o desesperación sino como una petición de ayuda apenas novedosa para reanimar esa tarde específica, eso piensa tras escucharla, entusiasta, rutinaria, hablar de los lugares infrecuentes

que su ex novio, su amigo esquizofrénico, prefería o de hecho, según recalca Ana, demandaba, el consultorio de un dentista, el garaje de un motel, la enorme escalinata de La Paz, un puesto de periódicos, un contenedor para separar desechos, letanía que Jota por fin se resigna a interrumpir, como una especie de agradecimiento.

El último paso es en realidad pueril, la brocha de pelos supuestamente finísimos, hurón o visón o ratón de las praderas, repartiendo talco en cara, cuello y nuca, un ejercicio simplón, como una vuelta al mundo, a la calle, al trabajo, que seguro el mismo peluquero, piensa Jota, querría dejar para sus ayudantes si es que los tuviera, igual que el cirujano deja al pasante coser el cuero abierto. Pero antes entra un cliente, en el camino del peluquero hacia el pomo de talco entra un cliente a quien hay que saludar y ofrecer asiento, piensa Jota, porque en fin, cada vez ocurre menos eso aquí, así que Jota se queda ya listo para el mundo, recortado y peinado y rasurado pero aún con el babero de plástico, como triunfante pieza de exposición. De hecho pasan minutos con Jota así, inmobilizado por la falta de talco, porque el cliente más bien no es nuevo y el peluquero platica con él: Toño, le dice, mi empresario favorito, o tigre, también le dice en algún momento, o don Toño, vocativos en cada frase, piensa Jota, como radionovela. Sólo tras sentar a don Toño, embañarlo y mojarle el pelo, el peluquero va con Jota, le da tres brochazos tiesos y le toma el brazo para retenerlo, quiero presentarte aquí a don Toño, dice, pura fuerza viva de nuestro pueblo. El hombre saca una mano gorda

debajo del babero. El peluquero jala una sillita para Jota y empieza a organizar el pelo del hombre con el peine, este joven es uno de mis mejores clientes, dice, un joven muy valioso, don Toño, en fin, no tan joven, ya le he platicado algo de sus negocios, pero mejor usted, dice el peluquero viendo por turnos la cabeza del hombre y, en el espejo, la cara de Jota, mejor usted. En quince minutos que dura el fácil corte de Toño, Jota va a escuchar, sentado junto, a la distancia apenas suficiente para evitar el pelo ajeno, dos versiones de lo mismo, sin acabar de entender qué es eso de lo que se le ofrecen dos versiones ni, quizá menos, por qué se quedó ahí, con tanta docilidad, sentado en el banquito como joven promesa, como estrella infantil de la televisión: fiestas, equipos deportivos, renta de bocinas, edecanes, magos, una universidad. Al principio todo parece una única celebración, el reino sinérgico donde un mago egresa de una universidad y se presenta en una fiesta o donde las edecanes animan el partido por el campeonato y de paso instalan las bocinas, una empresa que quizá no tenga oficinas pero sí múltiples brazos que ya nacen y crecen solos, espontáneos. En la segunda versión, luego de que el peluquero ha dicho a don Toño que tal vez Jota pueda ayudarlo con lo de la universidad, las edecanes suenan a sólo dos o tres, las bocinas son un par de amplificadores y el mago parece que no se ha graduado y que en realidad aprendió algunos trucos con un curso en videocasete.

El niño se sienta a esperar su turno con el peluquero de niños. Hay un peluquero de niños, el único ahí que

parece peluquero, el único elemento por el que, según el niño, ese lugar es una peluquería. No le gusta el peluquero de niños porque se le nota mucho el esfuerzo para tratar como niños a los niños, preferiría que le cortara el pelo alguno de los otros dos, las estrellas, pero ellos no se malgastan con niños, esquemáticas trasquiladas a nivel de oreja o media oreja, todo a ras de cejas, que se le vea la frente a este niño por favor, que se le vean los ojos, que se vea que ve. Su hermano ya tiene la edad o el tamaño suficiente para cortarse el pelo en otro lugar o para no cortárselo, él se tiene que ajustar al ritmo capilar de sus padres. Sentado en un sillón que lo rebasa, casi lo cubre, con una botella infantil de CocaCola helada que le humedece la mano y el pantalón, observa al niño atendido por el peluquero de niños. Está más cachetón que yo, piensa, mucho más, seguro lo regañan muchísimo, su papá le da cinturonzos. El niño es Jota, el que se toma la Coca entera justo cuando el otro niño lo ve por el espejo es Jota, aunque a esa edad es infrecuente que un niño se haga llamar por su inicial. Entonces una de las estrellas, la principal, advierte al niño aburrido y ya sin refresco, y como agente secreto, como anguila, se desliza al minibar y luego al altero de revistas, toma tres o cuatro y, volteando para asegurarse de que nadie lo ve, verdadera proeza o verdadera ridiculez en ese cuarto cubierto de espejos, se acerca al niño y le pone en las manos una revista dentro de otra, de tal modo que el niño observa a doble plana a una mujer encuerada, muy peluda, recargada en una puerta, pero protegida por una historieta de gran formato, un Archie. Elizabeth Agui-

lar, lee el niño, la diosa mexicana, nos enseña por qué actores, deportistas y políticos se derriten por la primera *playmate* ciento por ciento tricolor. Una cifra cerrada: veinticinco años después el niño regresa a la peluquería. Nadie lo reconoce porque va solo y porque desde luego ya no es el niño sino un cliente más, un exótico cliente nuevo cuyo aburrimiento no hay que mitigar con Cocacolas frías de un minibar ya de por sí vacío. Y Jota tampoco se identifica, yo soy aquel niño, ni modo de decir una cosa así, piensa, yo venía de niño, me traían mis papás. No es que yo no quisiera venir y me trajeran a la fuerza, tendría que precisar, y luego se enredaría más para al fin aclarar brevemente, mis padres, no, ellos, y luego sobre él, doy clases, ustedes, solo, no, ahí va la cosa.

No somos nada, digamos. Sobre el mantel, descolorido y limpio, con un hoyo al centro para que pase el tubo de la sombrilla, una canasta de plástico con totopos frescos y un plato con mayonesa y chipotle cuya superficie irá oscureciéndose en la medida en que nadie pruebe ni revuelva. Y el polvo, que se posará en tenedores, platos y comida, en los limones, los vasos, el menú, el servilletero, un tacto arenoso seguramente protector, piensa Jota, ha de guardarnos de cosas peores, ha de constituir el toque maestro del lugar, el sabor dizque único. Buenos pulpos en su tinta, piensa Jota, eso había, en su tinta de usted, un coctel clásico con Orangecrush, respetables empanadas de jaiba, respetable huachinango dorado pero terso, reconfortante arroz caldoso con pedacería marina, y nada de postre, en las marisquerías se sirven los peores

postres de la ciudad, piensa Jota, del mundo, pasteles harinosos, crepas de utilería, o ese ansioso fósil de la fauna industrial, el chocoflán, imágenes del menú mental de Jota interrumpidas con vergüenza al recordar lo que dicta el saber canónico: la muerte quita el hambre. O el polvo quita el hambre, aunque el polvo nunca ha quitado el hambre en este lugar, que sobrevive quizá gracias a él. Hay un primer momento de polvo que augura el cierre de todo establecimiento, pero si se supera, entonces el polvo puede ayudar a atravesar otros cuantos sexenios o eras geológicas. Jota tiene hambre, está claro, pero tendrá que esperar a que pida algo el peluquero, tras la segunda cerveza. O lo acompaño en su dolor, dice el peluquero. O ya está descansando. Ya descansó o ya está descansando. No las entiendo, dice, me dicen esas cosas y yo sé lo que debo hacer, pero creo que lo haría dijeran lo que dijeran. Ya está descansando quién, dice, mi familia es tradicional, dice, todos, todo el mundo es tradicional en un velorio, es increíble lo bien que funciona eso. Entonces el peluquero recuerda otra frase, la vida sigue, que básicamente quiere decir que hay que comer, que pese a la tristeza o lo irrelevante o vulgar que parezca comer hay que comer, en realidad, dice, yo no he dejado de tener hambre. Pida, le pide a Jota, algo, usted que ya conoce. Por eso tenía que salirme de ahí, dice el peluquero apenas se va el mesero con la orden, en realidad no hay nada que hacer más que comer, qué más, lo demás es que no somos nada o que se unen al sentimiento. O los rezos, dice, a mi madre creo que ya se le había olvidado todo eso, por eso me salí, dice, empezaba justo el rezo,

arca de la alianza, dice, yo qué tengo que hacer ahí, rosa mística, torre de marfil. Es la única parte del rezo que me gusta, dice, rosa mística, vaso de la sabiduría, cómo le digo, arca de la alianza, triple alianza, triple vuelta de tuerca. Lo demás es puro tormento y, que me perdonen, dice, pura vanidad. Llegan dos minúsculos caldos de cortesía.

No necesita que la convenzan: acepta la invitación. No lo necesita porque ya está convencida, o no mucho pero no importa. Es lo que hay, me dijo una vez, es lo que hay ahora y eso que hay está bien y ya está. El único argumento de Ana es que no le gusta la carne, que le hace daño. Supongo que su prima no la ve muy convencida o, para simplificar, querrá darle más armas contra el enemigo. Su prima la nutrióloga, lo que quiere decir una prima entre otras que estudia nutrición en Xalapa, y Ana acepta más bien por ir a Xalapa dos días, es decir, por salir de aquí dos días, por no tener otra cosa más importante que hacer, porque nada es importante, no lo sabemos, ese tipo de disposición de la que hablábamos, en fin. Pero la visita termina resultando contraproducente, o en realidad irrelevante, porque el rastro termina siendo un rastro modelo, un rastro pequeño y limpio. Yo quiero hablar de eso pero Ana no me deja, yo quiero que me cuente con detalle esa visita escolar a ese rastro escolar, artesanal y bondadoso, quiero hacer de enemigo, utilizar a mi favor las armas que se destinaban en mi contra, fastidiar un poco, pero ahí no hay enemigos ni discusión, lo que hay es, primero, un relato rápido

de la visita al rastro, un lugar no lejos de Xalapa, entre árboles y pastos enormes, que en las pocas palabras de Ana, pensémosla acostumbrada a la sangre, no sé si sangre real pero sí habituada a sangre, chorros de sangre, burbujas de sangre, miembros cercenados de tajo, crucifixiones, espadas japonesas, hachas de leñadores del medio oeste, machetes rurales, en fin, películas, carteles de películas, portadas de discos, un lugar, entonces, ese rastro higiénico, que en las palabras de Ana se convierte rápidamente casi en árboles frutales y ojos de agua, un didáctico paseo de ecoturismo. Yo no entiendo ese puente del, digamos, del gore al vegetarianismo, para mí no hay puente posible, del gótico y el punk y todas sus variantes a las zanahorias y ensaladas, de ese cine japonés y creo que coreano al sándwich de alfalfa y el agua de alfalfa y de pepino, pura disonancia, eso pienso decirle, absoluta disonancia. Pero Ana no me deja, claro, para ella no hay discusión ni en realidad conversación, apenas un paseo por encima de ese rastro hippie. Lo único que hay, en todo caso, es un vagón, un pequeño vagón de tren, será un contenedor en realidad, no creo que manden eso a recorrer México enganchado a un tren, un vagón lleno de cabezas de vacas, lleno hasta los bordes, dice Ana como hipnotizada, cuántas serán, cientos o docenas, decenas de cabezas de vacas que aún van moviéndose, aunque en realidad no van a ningún lado, el vagón está quieto afuera del rastro, las cabezas moviéndose, una agitación de lenguas, un pestañeo o docenas de pestañeos, un abrir y cerrar de docenas de ojos como muñecas de plástico descoyuntadas, vacas maquilladas y arrítmicas apiladas en

un vagón como geométrico regalo de cumpleaños, un arcón de cabezas en pleno furor por su reciente separación.

Sentadas en sillones cuarteados de varias plazas, las tías se revisan las uñas, aprietan las bolsas en sus regazos o comparten chicles. O nada. Ven las flores. Se juntan aún más para hacerle hueco a una sobrina. Algunas, no todas, alzan la cabeza cuando vuelve a entrar alguien conocido. Afuera, los primos políticos compran cacahuates, revisan sus teléfonos y evitan sistemáticamente hablar de la muerte, de la agonía y de la funeraria. En realidad, conspiran contra la familia sanguínea que los tiene ahí reunidos. El peluquero, con sed y sueño, apenas ha dormitado, entre sobrinas lustrosas y bienintencionadas, porque toda persona que entra ha de ir con él, lo conozca o no, a decir no somos nada. Cuando llega don Toño, el peluquero siente un poco de alivio por la novedad, este imbécil seguro no se sabe las frases, piensa, hablará de sí mismo y sólo de sí mismo, y eso por ahora está bien. No quiero que me pregunte de mi madre, piensa mientras las sobrinas le pican las costillas para ayudarlo a levantarse, no quiero oír de nuevo si me hace falta algo, lo que necesites, ya sabes, lo que sea, mejor que me hable de sus nuevos fichajes este imbécil que me habla de tú. Pero en efecto: consumado artista de velorios, don Toño lo estrecha largamente frotándole la cabeza, comparto tu dolor, le dice una vez concluido el abrazo, pero ya descansó, ya está tranquila, cuidándonos desde allá, luego va a saludar a todos los presentes, lo siento muchísimo, le dice a cada uno, meticuloso, excepto a los de plano niños, a quienes

no obstante también saluda de mano y cerrando los ojos, y por fin, al terminar la ronda, se sienta junto al peluquero, le palmea una pierna, resopla, alza la vista al cielo, se enconcha y logra guardar dos minutos de silencio antes de empezar a enviar frenéticos mensajes por teléfono, esculcar su cartera y, sobre todo, antes de arrancarse a hablarle al peluquero, en salivosa voz baja, de su reciente interés en el negocio de la alimentación, diez minutos sobre ensaladas multivitamínicas para estudiantes, postres aguantadores y de fácil transportación o una especie de pizzas frías individuales para venta en el estadio, repaso interrumpido al repartir las tías los libritos del rosario. Cuatro minutos después, cuando se asoma a la capilla, Jota identifica a Toño, rezando nervioso. No conozco a casi nadie, piensa sin animarse a entrar, atrancado en el marco de la puerta, para qué vine. Entonces sale el peluquero de un pasillo largo, el del baño común del velatorio, véngase, le dice a Jota, tengo sed, no quiero estar aquí.

Explícame esto, me dice. Por ejemplo. Me pide que le explique y me da un papel, un post it blanco. Ahí dice: “A su llegada a México, Maximiliano se zampa elegantemente once tortillas”, quizá no exactamente pero eso dice el papel. Resulta que leyó eso en un libro que apenas terminó y quiere que se lo explique. El asunto es que no sé qué quiere que le explique, ¿quién es Maximiliano?, no, ella sabe muy bien quién es Maximiliano, a eso voy. Ella sabe muy bien ese tipo de cosas. No sé bien qué tipo de cosas, pero hay un cierto tipo de cosas, o varios ti-

pos de cosas muy específicas, digamos, que ella sabe muy bien, mejor que yo desde luego. Al final, si entiendo bien, lo que quiere que le explique es si eso es cierto, o más bien para qué escribió eso el autor del libro, lo de Maximiliano zampándose, qué gran verbo, las once tortillas, o más bien, creo que más bien si es posible hacer eso, si, dado que ambos pensamos en todo caso que no es cierto, que ni de broma Maximiliano se comería once tortillas recién llegado, para empezar porque no vemos a ningún discreto criollo llevando como ofrenda de bienvenida las tortillas, sí joyas, sí obsidianas, flores, si acaso quetzales o cenizontles, dulces de los conventos pero no un guato de tortillas, en fin, si, dado que no es cierto, es posible o lícito escribir algo así. Eso le preocupa, la desconcierta. Al mismo tiempo le da risa, cosa que me calma porque pasamos un buen rato hablando de Maximiliano y la frase del post it y yo me he ido poniendo cada vez más serio. Sé muy poco de ella, si eso disculpa mi torpeza de ponerme serio, y creo que cada vez que hablo con ella sé menos de ella. En el fondo debe ser todo muy simple, pero quizá ya no estamos acostumbrados a ese tipo de simpleza. Digamos que es hija única y que estudia mucho, que básicamente se ha dedicado a estudiar lo que le dicen que estudie. Sus padres, digamos, la protegen o sobreprotegen o sobrevigilan o atemorizan. Eso existe aún. Y tal vez sea eso lo que, poniéndonos a distancia, nos pone en realidad en la incomprensión, al pretender misterios y pretender soluciones, puros lugares comunes para escribir una composición bajo el título “La vida misma”, qué tal. No viajó sola nunca, digamos, o con

amigos. Al final de la preparatoria quiso ir a Europa y su padre le dijo que sí pero que él la llevaba, y la llevó y fue un viaje espantoso. No tuvo novios, salvo en todo caso esas malas actuaciones donde dos qué, cómo decirles, niños, chavos, esas cosas, donde dos de esas cosas que no saben qué hacer ni en realidad quieren hacer nada hacen como que actúan incómodamente como novios, no sé cómo explicarlo. Nur, claro, comillas comillas.

El restaurante o fonda. Es un restaurante, pero restaurante suena a algo que este lugar no es. Sirven comida y trago, y hay meseros de pajarita, así que uno diría: un restaurante. Pero esta ciudad nos ha forzado siempre a pensar en los restaurantes como otra cosa. Más complicada, vistosa, de más lujo. Lugares para una primera comunión, vamos a decirlo así, y este no. Grandes ventanales que dan a una calle transitada y fea. Ventanales de panadería. La alfombra. La barra de cantina pintada color madera. Probablemente sea de madera, pero sin parecerlo. El doble mantel en las mesas, como único lujo. Un lujo auditivo: el mantel bajo amortigua el choque de vasos y cubiertos. Las tristes canastas de pan, que nadie come. Las salseras de metal. El biombo de madera para evitar la salida franca del baño. Los meseros de pajarita, uno diría jóvenes, pero con muchos años de servicio. La pintura naranja de las paredes. Ese efecto como desvanecido, como pintura incompleta, con brocha coja. Las flores de plástico. Las copas colgadas en la cantina, relucientes porque nadie las usa. Los tripiés para las charolas. Los meseros diestros para llevar seis rodillas de

buey en la charola, ocho sopas, cincuenta muertos. Ya sabe, los muertos. La cenefa, de nuevo, o la falsa cenefa, una franja de diez centímetros de ancho que recorre a la mitad las dos paredes. Fondo blanco y arabescos azules, el azulejo clásico, sólo que aquí no es azulejo sino pintura imitando azulejo, aplicada directamente en la pared. La sopa de hongos, la sopa de médula. Las mesas pesadas, inamovibles, siempre en la misma disposición. Los gusanos gordos, como carrizos, no sé, como silbatos. Mi madre comiendo gusanos por primera vez, ahí, y luego cada año. Mi madre comiendo ahí los rigurosos platos de temporada, ninguna cosa más, puntuando de esa forma el año en esta ciudad sin estaciones. Los espinazos, los chiles. Llevo cuántos, cuarenta años yendo a ese lugar y no he entrado al baño de ese lugar. Tampoco he comido huevos de hormiga.

Jota nuevamente llega ahí sin proponérselo. Camina sin destino, son las siete o un poco más y ya casi oscurece. La luz del negocio, menos de cincuenta watts, ayuda al maestro peluquero, ahora con gafas sobre la nariz, a leer el periódico. Jota sabe que es una peluquería, eso está claro, así que entra y se quita el saco, lo que no tiene claro es que sea la misma a la que lo llevaban sus padres, en buena medida porque la peluquería es idéntica, exactamente los mismos sillones, focos, espejos, secadoras, mesas móviles para las tijeras y peines, estantero, revistero, extensiones para conectar las rasuradoras, los mismos carteles con peinados químicos, la misma duela, la pantalla o cúpula o cúpula para los permanentes, el minibar, el mismo

sofá beige, el espejo principal con neón en el perímetro, la estación de manicura, el paragüero transparente, el perchero de plástico. Nada se ha renovado, ningún objeto se ha sustituido salvo algunos peines y toallas. Y entre otras que en comparación se dirían nuevas, algunas revistas que Jota reconoce de golpe: las historietas, el especial de lencería, un ejemplar de *Duda* en cuya portada una especie de hombre batracio no se sabe si defiende su nave o huye de ella, portadas mojadas y endurecidas treinta veces, treinta en total o treinta por año durante al menos veinticinco. Y, todo hace suponer, el mismo cuarto trasero de azulejos blanquecinos adonde conducen a Jota para lavarle el pelo, un cuarto nunca antes visto porque con los niños se evita ese expediente, con los niños se economiza, casquete corto desvanecido y vámonos. Entonces una imagen, cuando, pelo muy corto y canoso pegado al cráneo, complexión más ancha, piel de la cara ya colgada, el maestro peluquero ofrece a Jota la silla principal y lo embabera, una imagen a través del espejo: ese mismo lugar, exactamente los mismos elementos, pero con un sentido muy distinto, el de la irradiación, el del brillo de lo recién adquirido que naturalmente embona con el espíritu del momento, el de las dos estrellas bailando mientras cortan y peinan, repasándose con las manos ahuecadas sus propios esplendorosos copetes, intercambiando con los clientes canciones nuevas, bromas, pasos de baile, datos de bares recién abiertos, la imagen de la peluquería con música disco y minibar, botellitas de avión, espejo de camerino, atmósfera de aeropuerto, y la de su padre, según piensa Jota, la imagen de su padre ahí, perfumado

y absorbiendo aprisa la estética que los peluqueros reparan como de paso en sus dominios, y dando, sin ninguna duda, dando él autorización o tal vez incluso sugiriendo a la estrella principal que le preste una *Playboy* al niño que aún no se haría llamar sólo con su inicial. Y entonces, de nuevo en el espejo, Jota ve al maestro peluquero, ya no danzante ni rey de las tendencias, aunque fiel al hábito de no abotonar su camisa hasta el quinto botón, y de golpe Jota entiende.

Creo que podría cumplir aquí mis horas de asesoría, piensa Jota, sentado en el sillón beige, bajo la periódica vigilancia del peluquero en el espejo, ¿pero un emprendedor sin oficina, sin secretaria, qué más, sin tarjeta de presentación? Modelo caduco el mío, piensa Jota mientras escucha a Toño sin mucha atención, de tipos anclados a un sillón gigante que se heredará al hijo más cruel o más apoltronado, de citas suplicantes o anheladas y planeadas con el mismo esmero que los quince años de la hija, de cuando no existían los emprendedores porque no se decía así, se decía qué, patrón, y punto, no hacía falta más. Toño habla de la U Be, el más reciente de sus negocios, según dice, o el segundo o penúltimo más reciente en realidad, el más reciente es la alimentación pero el otro, la U Be, es otra cosa, está en otro nivel porque, como le aclara a Jota, va más allá de alimentar a gordos cerveceros o entretener a gordos cerveceros y sus familias igualmente gordas o en idéntico proceso de desbordamiento, y porque además lo remite a sus orígenes, yo empecé desde abajo, dice Toño, a veces todavía me gusta darme mis vueltas y ponerme

el disfraz sin que nadie se entere, si tú vas al estadio, ¿tú vas seguido al estadio?, si sí, seguro alguna vez me has visto, nomás que no me ves, no sabes que soy yo. Pero Jota no sabe negociar: por más que el peluquero, cada que logra desentenderse de la cabellera tiesa que lo ocupa, le lance por el espejo miradas de advertencia para que ponga atención, Jota se distrae dándole vueltas a la U Be, qué es la U Be, Universidad Beracruzana plantel centro, y la Be para distinguirse, claro, Universidad Bolivariana, no veo bolivariano a Toño, piensa, Universidad de Balística, Universidad Benemérita, Universidad de Belice sede México, Universidad Biológica, en Bancarrota, Bipolar, Bancaria, Universidad Benítez, apuesto a que este hombre se apellida Benítez o Benavides, Universidad del Bien o por el Bien o hacia el Bien, Universidad Babilónica campus Latinoamérica, Universidad de Bádminton, de Boliche, de Boxeo, Universidad para Brigadiers, para Bachilleres, Buzos, Bulldogs, Babuinos, Buscavidas, Barbanegras, Universidad Burguesa, Universidad Boomerang, todo lo que aprenda se le va a revertir algún día, no deje de preocuparse, aunque mi opción más seria es Universidad de Bocinas, este tipo renta bocinas según recuerdo, piensa Jota mientras recibe unos trípticos que Toño saca de su chamarra, o claro, obviamente Universidad de Barbas, o de Barberos, aunque ya nadie dice así, barbero, barbería, se dice peluquería o estética o salón, peluquero o estilista. Entonces Jota lee el folleto, Universidad de Botargas, aquí está el programa por semestre, le dice Toño, es presencial pero con algunos cursos a distancia, los teóricos, arrancamos en agosto, y aquí es

donde entras tú si te interesa, necesito los programas de cada curso, mis maestros son buenos en lo suyo pero no puedo encargales escribir eso. Piénsalo y me dices, le dice ya de pie, y no te preocupes, hay tiempo, mi gente en la SEP me aguanta con eso.

En torno a las tostadas de pulpo sale el tema: lo primero que quiso el peluquero no fue ser peluquero sino carnice-ro. Pero de narrarse viendo él desde abajo los trozos para filetes, la pieza con hueso de las chuletas o los pollos col-gando, porque entonces pródigamente pollero y carnicero se le confundían, pasa pronto a perderse en lugares, no en oficios posibles, lugares que en principio Jota lograba aún ligar con aquellas primeras vocaciones pero que lue-go caen a la conversación casi a capricho. Yo no he estado ahí, piensa Jota, quién sabe cómo funcione la cabeza en este momento, aún la están velando, en fin, allá la están velando, aquí no. Uno suponía, dice el peluquero, o más bien uno supone, se supone que pasa el tiempo y uno co-noce más cosas, más calles, sitios, va ganando uno terri-torio, sombreando la cuadrícula, cruces, palomitas, como si uno fuera marcando en un plano maestro los nuevos espacios que uno ha probado y hacia donde, por lo tanto, ahora puede uno extenderse, uno diría que todo, se supo-ne, se hace más y más conocido, más a la mano, propio. Pero no, dice el peluquero. ¿Puede pedir más limones? Por favor, dice. La ciudad se me pierde, todo se hace cada vez más raro, nunca pensé que fuera así. Tiene uno más bien que reservarse dos o tres lugares para que no desa-parezca de plano todo, como apartarlos, dice el peluquero

y luego no dice nada, dedicado a exprimir cinco limones en su chilpachole. Tanto limón echa a perder el caldo, piensa Jota, y piensa también que él no tiene esos dos o tres lugares, cuáles podrían ser, piensa, no he apartado nada, me voy a quedar fuera, encerrado en la escuela, cuáles, Santa Clara no, esa iglesia casera, por los azulejos parece baño público o carnicería, muy bien, estamos orgullosos de tanta sagacidad pero no, piensa, Xonaca, el barrio de Ana, y de Nur, aunque no parezca de ninguna de las dos, ni mío, claro, y un barrio entero no es un lugar, es un barrio, no puede uno apartarse o reservarse un barrio entero, piensa Jota, nuevamente enganchado a su facilidad para el drama, exprimiendo sus dotes y más al darse cuenta, me falta público, piensa, pero ni modo que me entregue aquí al abismo, justamente aquí, piensa, aquí. Al final va a resultar aquí el lugar. Por qué no, piensa mientras mastica el yeso del ojo del robalo: declarado solemnemente apartada esta polvosa marisquería como el primer lugar que apartaré de dos o tres lugares que podré apartar antes de la desaparición del mundo.

Los hermanos de Ana: Salim y Kaíd, de dónde sacó el padre esos nombres, de qué mil y una noches, de qué Aladino, de qué manual o película que por fortuna ya se había perdido años después cuando nació el último hijo, la hija. Los hermanos de Ana: Salim, el mayor, el líder de los punks de la glorieta de Insurgentes. Un día va Salim a la glorieta de Insurgentes, Salim el pelirrojo, otro día vuelve y otro día vuelve y se queda. Anda por ahí, a veces ha vivido ahí, en un local donde venden dis-

cos y casetes, pósters, cadenas, emblemas, muñequeras, candados. Se diría que ha pasado su mejor época pero ya está consolidado, el punk ya no va a desaparecer y Salim es el viejo líder, la cara conocida, la cara roja que resaltaría de cualquier forma, cada vez más afilada, de pliegues y hendiduras pétreas. Salim el microempresario, el enlace, el negociador. A estas alturas ha visto ya cuatro o siete grandes cambios en la glorieta de Insurgentes que asimila y cuenta como lejanas glaciaciones. Pero vuelve a esta ciudad cada mes, cada cumpleaños o quince de septiembre, y un rato en las tardes camina por Xonaca, registrando como hijo pródigo la casi inmovilidad del barrio. Y Kaíd, buen basquetbolista de adolescente, incapaz de romper con su escuela perpetua para niños problema pero apaciguados sus arranques con mariguana para desayuno y cena desde la secundaria. Un día, aún estudiante de tercero de prepa, Kaíd sustituye al entrenador del equipo y luego se queda con el puesto. En la junta de profesores lo toleran, se acostumbran a él, y pronto piensan que, como reciente alumno, podrá servirles de pacificador, de espía. Pero cuando se revela su inutilidad Kaíd es ya un buen profesor de matemáticas, el único capaz de hacer a los alumnos tragar la trigonometría. Los hermanos de Ana: Salim el intransigente, Kaíd el que, sin preguntar, sin interesarse, respalda cada nueva faceta de Ana, de la antitauromaquia a la psicomagia, del grafiti al surf, el que le consigue lo necesario, direcciones o libros o aerosoles. Las facetas de Ana, sus fes, algunas de las cuales le dejan pozos que escandalizan a los nuevos colegas, heroicos veganos que intentan pese

a todo jugar con su pit bull, metaleros que no entienden sus conceptos elementales de marxismo. Los hermanos de Ana: en cumpleaños, en graduaciones, incluso algún domingo sin aniversario, vuelven a casa de sus padres y junto con Ana ejecutan, con cierta anomalía humorística, canónicas comidas familiares.

No somos nada, dice Jota. El peluquero alza la cara y afloja el gesto, olvidándose de pulverizar un migajón seco. Sin metáfora, perdón, dice Jota. Ahorita en el baño me habló Ana, que viene para acá, le había dicho Jota mientras repasaba su propia imagen en el baño, malabareando para poder contestar después de haberle enviado a Ana dos mensajes. ¿Qué somos? Ana diría que nada, o no diría nada, y yo tampoco diría novios, dice Jota, cualquiera que fuera mi definición. Mexicanos se dice, ¿no?, ¿qué somos?, mexicanos, hermanos latinoamericanos. Tendrían que conocerse, dice Jota, Nur tiene diecinueve, no más de diecinueve, y Ana veinticuatro, tendría que hablarle a Nur para que viniera también, de una vez, pero yo no le hablo, no le he hablado nunca, ella me pidió mi teléfono en la escuela y ella me habla, no yo. El peluquero no entiende pero se ríe, y piensa, como suele decirse, en el tiempo, en el riguroso paso del tiempo, en el velorio de su madre mientras, en esa marisquería, él se ve mucho tiempo atrás, jugando con dos o tres amigos o mexicanos o nada, poniéndose en un riesgo innecesario al hacerlos coincidir, sólo por jugar, por hacer pruebas, a ver qué pasa, cómo reaccionan, alguno más frágil y necesitado de ese término, novios, no mexi-

canos sino novios, otro ocultando por todos los medios una idéntica fragilidad, otro nada, ni mexicano en realidad, y él entonces, hace muchos años, sintiéndose en el centro de un puro vértigo, sólo porque sí, porque había que jugar, nada más, un vértigo irrecuperable. Pero Jota habla de otra cosa. Nur no sé qué sea, dice, pero eso que no sé qué es debe estar determinado en buena medida por el hecho de no haber conocido nunca a Ana. Y al revés. Ana es Ana, mexicana, vegetariana, todas esas cosas, esa adolescencia malhecha, esa disponibilidad, determinada en parte por no haber conocido a Nur. Han vivido toda su vida, en fin, como la gente dice, toda su vida en el mismo lugar, a una calle de distancia una de otra, y más o menos de la misma edad, ellas dirían que no, supongo, Ana diría que no, que Nur es una niña, alguna cosa así, toda la vida a una cuadra de distancia y no se conocen, dice Jota, eso sin duda requiere más, cómo diríamos, prodigios, milagros no, conexiones, casualidades, ajustes de la maquinaria del mundo, máximos ajustes en la maquinaria de precisión del mundo o al menos de esta ciudad y sus zonas conurbadas para que ocurra, es decir, para que no ocurra en este caso, para que no se hayan conocido nunca, eso requiere mucho más que al revés, que se hubieran conocido, dice Jota, que se hubieran hecho grandes amigas o maestra y alumna o ama y mascota, que se hubieran odiado o que una le hubiera salvado la vida a la otra, ese tipo de cosas que la gente suele preferir para referirse a milagros, ahí sí milagros, puros hechos positivos, puros datos reales del mundo que la gente necesita para hablar de prodigios o casuali-

dades o milagrosas coincidencias. Entonces Jota nota su exageración, su palabrería, pero no se da cuenta de que lo mismo divaga al intentar explicarle al peluquero de dónde viene todo eso, esa suposición suya de que alguien, él, tendría que presentarlas, hacer que Ana y Nur se conocieran, de que algo, no se sabe qué, saldría de ahí, o probablemente nada, muy probablemente nada, miradas adustas o recelosas y ya, todo una pura fantasía ociosa de un profesor en el trance de dejar de serlo. Arturo no vino, ni va a venir, dice el peluquero, nunca pudo con mis tías, y no quiero oírme miserable pero era claro que mis tías no se pierden un velorio. Usted conoce a Arturo, ¿no?, ya sabe quién es. Mexicano desde luego.

Dedicarme a otra cosa o mejor no dedicarme a nada, es decir, dedicarme a nada, ¿a qué se dedica?, a nada, no tengo tiempo porque, mire, me dedico a nada, no a la nada, eso sería dedicarse a algo, ¿a qué se dedica usted?, preguntaría alguien, ¿en qué la gira, joven?, habría preguntado alguien de haber hecho la pregunta hace cuarenta años, a nada, arduamente a nada, difícil dedicación esa, a nada, a lo que vaya surgiendo, o más bien a nada que vaya surgiendo, me dedico a eso que no surge ni gira ni se crea ni se transforma, dedicarme a limpiar, limpiador de iglesias o de manteles, limpiador de iglesias o albercas o todo lo que lleve azulejo, se limpia azulejo y azulejo de imitación, arcas de azulejo, vasos de azulejo, rosas místicas, torres de marfil de azulejo, la mejor definición de esta ciudad en cinco palabras, dedicarme a hacer definiciones, diccionarios y crucigramas, pl: prin-

cipio del placer, ac: más allá del principio del placer, dedicarme a pollero, sin metáfora, a asistente de peluquería, a director de la hemeroteca de la peluquería, qué gran tarjeta de presentación, Director de la hemeroteca Valle-Inclán podría ser, hemeroteca Elizabeth Aguilar y abajo Director, o más bien Peluquería Valle-Inclán y abajo Director, dedicarme a la corrección de trípticos, redacción y corrección de folletería y derivados, dedicarme a escribir programas, perfiles de ingreso y egreso, misiones y visiones de instituciones de educación media superior y superior, dedicarme a hacer revisiones curriculares, convalidaciones y planes de estudio, un mercenario de los planes de estudio, un *outsourcing* de planes de estudio y descripciones de objetivos por competencias, inundar la SEP de revisiones curriculares fantasmas, de perfiles de candidatos muertos, plantas docentes de ochocientos cincuenta miembros, hacer naufragar la SEP en miles de acreditaciones impecables, revalidaciones y certificaciones impolutas, docenas de actualizaciones docentes diarias como nunca las han visto, dejar mis clases, mi salón, mi casillero, mi banca, mi fólder, mis plumones, mis listas de asistencia, mis plumas rojas, mis parches en los codos, mi arquetipo platónico, ese trabajo en esa escuela que sólo produce, como todas o fundamentalmente casi todas, arquetipos platónicos cubiertos de gis o de pus, horas de estudio medibles o traducibles en el mejor de los casos en kilos de estudio, ocho kilos de repasos para el examen final, ocho kilos de reses muertas, quinientos kilos acumulados al término del curso, quinientos kilos por siete cursos por doce años de cursos para rescatar al

final unas qué, tres, dos horas que puedan considerarse propias, una habitación propia cubierta con el corcho insonorizador de kilos de apuntes y libretas y fotocopias muertas, de todo lo cual, piensa Jota, al final sale una qué, niña, chava, señorita, que sabe cuándo exactamente llegó Maximiliano a México y cómo se llamaba la embarcación que lo trajo pero que no conoce a la gente que vive a una calle de su casa, lo cual no obstante, pese a hacerla parecer un refinadísimo resultado ejemplar de esa o de casi cualquier escuela, la convierte más bien, piensa Jota, en un disparatado milagro de supervivencia.

Al final hay postre, un flan al que ni siquiera cromáticamente le va la indestructible cereza encima, ornamento es delito, piensa Jota, pero al menos no fue chocoflán, delito sin ornamento, el que cerrara esta comida completa, entradas, platos fuertes, postre, café, un par de anises, poca verdura ciertamente pero nadie va a una marisquería en busca de legumbres, no me gusta ese plural, anises, piensa Jota, anises con anises, tendemos a no usarlo, me trae dos anís con anís y todos tranquilos o todo tranquilo, sin plural. La tarde casi termina en la marisquería, el polvo se ha estabilizado, el mural de palmeras, tiburones y timones de barco es en la penumbra menos disonante, matar la tarde, piensa Jota, lo que se conoce o se ha venido conociendo como matar la tarde excepto porque la ocasión no es propicia para matar la tarde ni frases parecidas o frase parecida, y entonces, cuando Jota pide las de la casa casi por inercia, porque ya más bien querría irse de ahí, surge de la mayor penumbra del in-

terior de la marisquería la voz, en realidad y desde luego la figura completa de don Toño, arremangada la camisa, inesperadamente sobrio, para reclamarle al peluquero por haberlo dejado allá en el velorio y no haber vuelto. Y mira nomás, le dice, estabas nada menos que aquí, ¿ya comieron?, ¿cuánto llevan aquí?, yo llevo un rato pero no los había oído, ni siquiera vi que había gente afuera. Don Toño se sienta con ellos, pide para él también la de la casa y toma un cigarro de los de Jota. Pero me quedé un rato allá, dice, me eché todo el rezo. Estaba una señora, una tía tuya ha de ser, dice, junto con tus otras tías, estaban enfrente de mí, no enfrente enfrente, estábamos sentados como en escuadra pero esta tía sí se acomodó de frente a mí y nomás me veía enojada, con cara de enojada, estaba toda de negro, bueno, todas, pero esta tenía incluso lentes negros y un velo negro en la cabeza y un bastón negro y no quitaba su cara fruncida, a ver, profesor, cómo se dice, ¿desfruncir?, pues no desfrunció la cara hasta que me puse a rezar y en realidad hasta que acabó el rosario o hasta que me fui la cabrona, perdóname eso, le dice al peluquero y se ríe. Pero saben qué, dice mientras observa a detalle la manoseada copa que le traen, estas copas se van a la basura, saben qué, está bien eso de rezar, yo no soy muy creyente pero entiendo profundamente, de verdad entiendo y comparto y siento esa necesidad, que crea o no crea uno no importa, o no tanto, lo que importa es que eso nos junta, nos consuela, es como formar un lazo entre todos, por eso no puede haber alguien que no rece ahí, yo no sé si eso nos hace mexicanos, no vamos a exagerar, pero sí familia. Aquí estamos, le dice al peluquero,

para lo que se ofrezca, y luego le pide al mesero otra ronda: a ver si me les emparejo.

El lugar debe de tener treinta, cuarenta años. Hay una sucursal, cerca de ciudad universitaria, pero la marisquería original es la que está a tres calles del mercado y a cuatro de la funeraria, o a tres también porque el mercado y la funeraria están juntos, de tal modo que los puestos en las banquetas, las tinajas con refrescos nadando en hielo, las canastas con pepitas o frambuesas, no se sabe si han florecido al amparo del mercado o de la funeraria, ambas instituciones lo suficientemente consolidadas como para suscitar tal franja microempresarial. Dentro, mesas de madera anteriores a la moda pseudorrústica; afuera, mobiliario de plástico propio de balnearios, sombrillas verdes, escalones riesgosos porque el lugar fue una casa antes de devenir marisquería. En las tardes siempre hay al menos una mesa ocupada por dos clientes silenciosos, quizá por ello testigos esta tarde de la renuencia de Jota, de su intento de no dar hilo a la plática de Toño. Por la reja abierta se ve la lenta agitación de tenderos y puesteros del mercado, guardando bultos en cajuelas de coches viejos. Jota los observa, ve su reloj, manotea en la mesa, rompe metódicamente una servilleta, toma un cigarro y se guarda la cajetilla. Sólo cuando pide dos tragos más, para él y el peluquero, don Toño se calla y lo voltea a ver sonriente, retándolo. Por cierto, profesor, le dice, ya me hicieron todo el papeleo de la SEP, así que tú te olvidas hasta de que existe la SEP. Ya no hay casi luz natural, pero los meseros han

improvisado unas velas fijas en platitos con la propia cera, y han traído un plato de ceviche a un gesto de don Toño, quien lo empuja hacia Jota y le dice que lo pruebe porque puede ser el último. Una ciudad con puerto, con río navegable pero sin demasiado calor, en general más bien con clima frío y nublado, sin turistas, sin emprendedores, olvidada del mundo, a una ciudad así, piensa entonces Jota sin demasiada precisión, abandonada por el comercio mundial, sede de encuentros internacionales de filatelistas y criadores de yak, en singular, vecina de una ciudad industrial dispuesta a intercambiarle quesos y computadoras por sus bagres y rapes, tendría que mudarme, piensa Jota, aprender a pescar e irme a enseñar español a una ciudad lluviosa sin misión en la vida, tendría que irme de esta ciudad o al menos cambiar de barrio o de rumbo, apartarme un barrio nuevo, hacerme de una esquina, un árbol, un cruce de peatones, mis horas de asesoría cubrirlas bajo otro nombre en un convento de cinco a siete. No pasa nada, piensa Jota. Mejor. Este tipo es un farsante. Jota toma con un palillo un trozo de pescado, buen ceviche, piensa, y ve la hora. No te preocupes, no nos cierran, dice don Toño, quien manda traer cigarros, dos cajetillas, una de las cuales le dará a Jota, y quien, recargado en el asiento, con gesto serio, las manos cruzadas sobre la mesa, les cuenta que acaba de comprar la marisquería, hace unos días apenas cerró el trato, porque se la ofrecieron barata. Está quebradísima, les dice, lástima pero ni hablar, habrá que hacerle muchos cambios.

Los, qué serían, los nueve, diez, no más de doce metros cuadrados. El único espacio, sin cuarto trasero, sin baño. Si alguien quería ir al baño entraría a la casa, al baño de la casa. El local de diez metros y arriba la casa, o al fondo. La tarima empotrada a la pared, a lo largo. El espejo encima. Los dos sillones. El cuero negro, el metal esmaltado y dócil, la palanca engrasada para ajustar la altura y reclinar el respaldo. Los pomos de talco. La palabra pomos. Las letras rojas del letrero afuera, metálicas, sin fondo, atornilladas directamente al concreto, al ladrillo. Peluquería Ruiz. La tipografía dura del letrero, geométrica, en minúsculas, la única audacia del señor Ruiz. El orgulloso Ruiz. El metro cincuenta y siete, sesenta, del señor Ruiz. La bata blanca del señor Ruiz, su bigote, sus gigantescos bostonianos. La bata blanca de manga corta, la de manga larga y algodón grueso para el frío. El periódico, las revistas policiacas. El asentador de cuero para afinar la navaja. La brocha y el cuenco para hacer jabón. Las tijeras con cubierta de marfil negro. Quizá no marfil, plástico imitación marfil. Muy buen plástico en todo caso. El peine de carey, eso sí seguro, el ámbar opaco del carey. Los tres o cuatro cortes del señor Ruiz, los únicos que se sabe y con los que se mantiene por años. El alcohol, la toalla caliente. El sillón bajo para esperar turno. Los ceniceros con resorte para guardar la ceniza. El bolero que entra a dar servicio, los vendedores de lotería a los que el señor Ruiz no deja entrar. Las tres palabras del señor Ruiz. La reja metálica, la escoba, los ínfimos retoques que da el señor Ruiz al nivel de una barba, a la marca de una patilla, el aliento contenido y el

silencio. El zumbido de los focos de neón, el chasquido de las tijeras, la fricción de la navaja al descañonar, el paso de página de un periódico, un cliente que dormita, la espuma repartida, la mayor presión para estirar un cuello, torcer una oreja, repasar una mandíbula granítica, y el silencio. La amargura del señor Ruiz, su cara rígida, su espalda contraída. El señor Ruiz, el viudo según la leyenda, el príncipe de la tijera, el sin palabras. Mi madre que se harta de intentar sacarle plástica, mi madre sentada mientras el señor Ruiz corta el pelo de su hijo, como cada mes. Mi madre sentada, leyendo sus propias revistas, esperando, ya sin alzar la vista porque no hay nada que ver. Hasta el día en que el señor Ruiz, en su manía perfeccionista, me hace un tajo en la oreja, y mi madre lo hace a un lado, me limpia la oreja y me saca de ahí.

Pero no es Toño quien comienza, su supuesto olfato de tigre o tiburón o emprendedor no se activa o sí pero no olfatea nada o ya es tarde y está cansado o al mundo lo que le sobra son oportunidades para quien sepa verlas. Ya es tarde. Todo hombre de negocios es un tigre o un tiburón y necesita dormir, todo hombre de negocios evita hacer la primera maniobra. Sí se levanta cuando llega Ana, le ofrece su silla aunque haya otras libres y llama a un mesero para que la atienda. Pero no es él quien comienza, ahora callado y viendo el reloj. Si fuera así Jota podría hacer algo, o Ana, directamente ella. ¿Qué? Jota imagina unos segundos esa escena, Ana carnívora, Ana esquizofrénica, con botas altas, con tijeras, con instrumental de dentista. Pero al llegar Ana se encuentra una vez más, pensa-

rá después Jota, un escenario fúnebre, y eso lo explica todo, el terreno despejado y obvio para lo que vendrá: aun calculando su carrereado día siguiente, haciendo nuevos números, integrando mentalmente el restaurante a sus otros negocios, Toño no se resistirá mucho a la curiosidad de Ana, preguntas que se pescarán de lo que sea, de sus planes en el rubro alimenticio en este caso, de su decisión ya inamovible de convertir la marisquería en una tienda de ensaladas y productos orgánicos, de su voz laqueada o de un gesto, cualquiera, un martilleo de dedos, preguntas al principio rápidas y constantes y que sin embargo pronto serán pura inverosímil atención, una dedicación sin parpadear, grotesca, perfecta, que hará surgir al Toño de los grandes momentos, la falsa displicencia del gurú, la franqueza simple del innovador, el encanto del tigre, del oso paternal, del águila, toda esa fauna que efectivamente, por qué no, a sugerencia de Ana va a dedicarse a proteger, preguntas que consumen cigarros de Jota y el peluquero, respuestas de Toño que oscilan entre lo ya escuchado y la pura creatividad ascendente, la fantasía que escala estaciones imprevistas, el concierto inaugural, el aullido en la cumbre. Un escenario obvio, pensará Jota para contrarrestar la sorpresa de la perfección de lo obvio, no somos nada, ni profesores ni mexicanos ni emprendedores ni empleados, y luego pensará, cuando Ana y Toño se levanten, Ana sin esforzarse en despedirse de Jota de modo distinto que del peluquero, Toño dejándoles encargada otra ronda y sentenciando que no han de preocuparse por la cuenta, pensará entonces Jota que ahora ya no tendrá que presentarlas, a Nur y Ana, ahora que

ya no hará que se conozcan quizá finalmente se conozcan, o no, seguro no, sin que importe ninguna de las dos opciones, conocerse o no, convertirse en ama y esclava o no, opciones cuya existencia sólo llegó a cobrar verdadera existencia en su cabeza de profesor en el trance de cubrir o no cubrir sus horas de asesoría. Se beberán, por qué no, esa última ronda pero en silencio, sin notar el apremio de los meseros. Dejarán mucha propina, total. El peluquero pedirá algo para llevar y así superar la noche en la capilla. Afuera, al despedirse, dirá que pronto cerrará el negocio, lo venderá o traspasará, y que habrá que avisar a los clientes. Y aquella tía de negro, dirá al último, la de los lentes negros, ¿sí? Es ciega.

PIES

¿Es usted?, dijo el hombre. No esperaba a un sujeto así. ¿Es usted? No esperaba a alguien así, pensó, pero no lo dijo. Esperaba otra cosa. ¿Es usted?, dijo por segunda vez. Este sujeto constituía, pensó, rotundamente constituía una decepción. Pero no lo dijo, no estaba en posición de soltar tan rápido algo así, necesitaba afianzarse primero, no despreciar ninguna posibilidad. Todo puede servir para algo, pensó. Para el final de esa primera visita, sin embargo, llegaría a pensar que no era una decepción sino una ventaja, en realidad, pensó, una auténtica ventaja que el sujeto pudiera ser mi hijo. Por la edad, se dijo, no por otra cosa. Menos calculador, más lanzado, e igual más hábil, más hecho a este mundo que se está haciendo tan raro. Como que se me está yendo de las manos, pensó, pero este joven me va a ayudar a que no se me zafe. El sujeto se llama Hugo; el hombre no dejó de llamarlo joven, lo mismo cuando le hablaba que cuando hablaba consigo mismo, ocupación a la que, según piensa aún, podría y debería dedicarle más tiempo. ¿Es usted?, dijo el hombre y luego extendió una mano para indicar una silla que Hugo no vio porque no había tal silla. La mano siguió extendida y entonces Hugo se sentó en el

piso, algo que no hacía, según dedujo, exactamente en dieciséis años. Por lo tanto, se sentó en el piso y se sintió joven. Luego el hombre le dijo: muy bien, joven, vamos a platicar, le cuento rápido cómo está la cosa y luego vamos a platicar y a conocernos, y entonces Hugo se sintió definitivamente acabado.

Las calles comenzaban a llenarse de propaganda. Esto, dicho así, suena a que las calles, solas, hicieran florecer la propaganda a la manera del musgo que crece en las calles próximas al puerto de las ciudades que tienen puerto. Esta ciudad no tiene puerto ni mar ni ríos ni lagos ni prácticamente árboles ni prácticamente fauna, es una ciudad admirablemente seca. Alguien, en suma, pone esa propaganda, alguien cuelga los carteles de plástico, rotula bardas, monta los anuncios encima de casas y edificios, otros mientras tanto preparan las prensas de donde saldrán camisetas, volantes, dípticos, trípticos, publrreportajes e historietas, y todo ello, pensó Hugo, sin que muchos hayamos visto nunca a esa gente llenando las calles de propaganda. Más bien apenas comenzando a llenarlas, ni comparación con lo que vendría en unas semanas, cuando arrancaran las campañas. Hugo pensaba en el tema del trabajo fantasma, que más bien es varios temas: el trabajo inexistente pero por el cual se cobra, el trabajo disfrazado de no trabajo, y el trabajo arduo y talachero cuyos resultados son visibles, incluso palpables, y que sin embargo nadie ve realizarse. Ilustraciones clásicas: el ama de casa para la segunda opción, según Hugo. Demasiado clásica. En realidad, el sueño destilado

en las más de doscientas universidades de la ciudad es que, los alcancen o no, sus jóvenes deseen ese tipo de trabajos que no parecen trabajos sino, digamos, excursiones escolares, la vieja bohemia, la perpetua hora del recreo. Y para la tercera opción, claro, el trabajo de quienes, sin que nadie lo advierta, llenan las calles de propaganda. La ilustración clásica para la tercera opción es, como suele decirse, *quienes limpian nuestras oficinas*, pero Hugo no tiene oficina propia y en todo caso los encargados de las diversas limpiezas de las cosas son mucho más visibles. Hugo pensó entonces en la falta de buenos restaurantes chinos en la ciudad, de menú surtido y prometedor, sospechosamente baratos y limpios, y de ahí fue obvio que recordara el asunto de los barcos impresores piratas chinos. ¿Cómo ordenar esto? Barcos chinos de impresores piratas, barcos piratas de impresores chinos. Alguien le habló de eso, de esos barcos-imprentas que se quedan unos metros antes de las costas territoriales de los países, toman encargos gigantescos, se ponen de nuevo en marcha rumbo a otro país, mientras tanto van imprimiendo el encargo —revistas de tiraje masivo, libros lujosos— y después vuelven, entregan el trabajo y cobran, claro, mucho menos que un impresor en tierra, si es que existe esa categoría, entre otras cosas porque no pagan impuestos y porque, como todo hace suponer, en sus camarotes viajan cientos de esclavos chinos, diestros en los oficios de la impresión y diestros en el hambre y la invisibilidad. Hugo pensó en un reportaje sobre esos barcos fantasmas de impresores chinos, y luego se vio viajando a las costas del Pacífico, investigando durante un mes,

incluso subiendo a uno de esos barcos mediante un cambio de identidad, haciendo preguntas a algún profesor de la UNAM para enmarcar bien la historia —Hugo no pensó en ninguna de las más de doscientas universidades de esta ciudad— y volviendo finalmente con un reportaje que se tendría que publicar en varias entregas. Esto es lo que, en una sacudida, se borró de su cabeza cuando vio que el contacto se acercaba en su coche. Era un coche japonés ya despintado por el sol.

Antes de la segunda visita Hugo supo que la famosa propuesta no llegaría a ningún lado. Fue mejor así, se ahorró tener que pensar qué hacer en caso de que la famosa propuesta prosperara. Pero hubo la segunda visita, y ahí sí aceptó un refresco de tamarindo: el hombre salió a comprarlo y regresó al cuarto con los refrescos y una torta de milanesa, por si se ofrece, dijo. La primera vez no había tomado nada, necesitaba estar muy concentrado, pensó, y el refresco podría distraerlo de alguna manera. En todo caso, había supuesto que el hombre tendría uno o dos ayudantes, tres esclavitos que le hicieran los pequeños servicios a cambio de algo, nada, lo que fuera. Y no. Había gente por ahí, había gente que lo ayudaba pero como en un plano de igualdad, incluso como si más bien fueran ellos los jefes y el hombre un chalán multiplicado, comunal, el único esclavo para cientos de jefes. Algo así hacía pensar el modo en que todos se comportaban, como hombres puestos bajo la protección de un niño a quien al mismo tiempo protegieran. Pero era claro que no. Por ejemplo, quien llevó a Hugo desde la entrada has-

ta el comedor, donde estaba el cuarto del hombre. En realidad no desde la entrada, al menos no desde la primera entrada sino, por decirlo así, desde la cuarta entrada, desde ahí hasta el cuarto del hombre en el comedor. Y más bien, según el hombre, no era su cuarto, pensé que era mejor vernos aquí, había dicho el hombre en la primera visita, pero al término de esa primera visita Hugo dudó: este es su cuarto, si no por qué tiene esa tele ahí y ese DVD y esas películas y cosas. Quien llevó a Hugo conocía a Hugo, lo había conocido muchos años antes, cuando Hugo organizaba conciertos de rock y él mismo tocaba en un grupo. El Mosco, le dijo, y entonces Hugo se acordó, claro, dijo, qué hay, cómo estás. Esto fue ya en el comedor; antes, en el trayecto, Hugo no sabía quién era el que lo guiaba, y el Mosco no hacía amago de plática porque en esos pasillos había que ir silencioso pero atento, con la vista baja pero con la vista panorámica a la vez. Todo era concentración ahí y al mismo tiempo todo era calmo, como en cualquier calle vacía, cualquier madrugada quieta. El Mosco le contó que ya llevaba siete años ahí y mencionó lo del robo al camión repartidor de refrescos, de lo que entonces Hugo se acordó inmediatamente, lo había oído por ahí en su momento. Ya mero salgo, le dijo el Mosco, y luego se apartó, fantasmal, unos metros antes de la puerta del cuarto, en el segundo piso.

Dice Ulises, nacido en los Tuxtlas, Veracruz: Mi generosidad adquiere su mayor dimensión cuando estando frente a alguien hablo como si estuviera solo.

El primer ejemplo era bien conocido por Hugo, pero lo dejó seguir sin decir nada, a ver cómo contaba el hombre esa historia. Hay un grupo, dijo el hombre, se llaman Aneurisma, les dicen los Aneurismas. Seguro esta vez sí saben esos idiotas qué quiere decir aneurisma, luego sólo por fastidiar se ponen esos nombres y luego la gente cree que Aneurisma es un dios griego. Pues este grupo no le diré que vive de eso, pero casi. Tocan una vez al año, dijo el hombre y luego se quedó callado unos estratégicos segundos. Una vez, agregó en voz baja. Prosiguió con fluidez: tocan covers de Nirvana, puras canciones de Nirvana, que seguro usted conoce porque son como de su época, de la mía no, definitivamente. El hombre subió un poco el volumen de la tele, la usaba para oír música. Anuncian su concierto por ahí, ya sabe cómo funcionan esas cosas, dijo, pero igual sin anunciar mucho la gente va porque ya sabe usted, la gente sabe que sólo tocan una vez al año y ya está preparada. Entonces tocan, tocan como tres horas, sólo Nirvana, puro Nirvana pero completo, yo creo. No se disfrazan, no tratan de imitar a los de Nirvana, sólo tocan sus canciones, dijo el hombre, tres horas, una vez al año, y con eso no le voy a decir que viven el resto del año, dijo, son, yo qué sé, talabarteros o plomeros o repartidores de algo, los aneurismas estos, dijo el hombre y rió un poco, pero sacan para sus cosas, luego andan por ahí con unos sacos nuevos de colores o se compran su coche nuevo, un coche viejo pero nuevo pues, o arreglan sus casas, y todo con ese concierto único.

La segunda vez fue otro el contacto pero con el mismo coche des pintado, así que, de alguna manera, Hugo pudo seguir diciéndose: ahí está mi contacto, o he ahí mi contacto, incluso, y más porque el contacto, fuera el primero o el segundo o el cuarto, no hablaba durante el trayecto. O hablaba muy poco, nada como para distinguirse de los otros contactos. Hugo ahí, en el asiento del copiloto, un recorrido largo hasta ese punto que antes era propiamente las afueras de la ciudad y que ahora no era nada, desde luego nada que pudiera nombrarse con un término tan justo como ese, las afueras. Ahí Hugo, y la ciudad exhibiéndose por la ventana del coche: imagen clásica que ha pasado de la euforia al terror al tedio en estos años que van de Ford a la falsa quiebra de Ford. Hugo ahí, la ventana ahí, a su disposición por no ser él quien manejaba —hacía diez años, calculó, que no iba en un coche sin manejar—, la ciudad tendida como paciente en observación, y Hugo rascando un filo corroído del plástico del tablero del coche japonés, sintiendo el filo bajo su uña casi como materia sexual. Concentración pura mientras las calles, que van llenándose de propaganda, desaparecen de la ventana. Y Hugo rascando el plástico hasta retener bajo la uña una partícula de plástico o de polvo, y Hugo pensando en decirle al contacto de turno: ha habido años que, contando con una salud perfecta, he pasado más tiempo en el sofá sin hacer absolutamente nada que tú en toda tu vida. Pero no se lo dice, en parte porque la idea, o la frase, no es suya.

En cierto momento entró una mujer, que ocupó la única silla del cuarto. Hugo y el hombre se habían sentado en el piso, pero cuando la mujer entró, sin saludar ni anunciarse, sin decir nada, el hombre se levantó como para cederle su lugar, aunque claramente le cedía una silla de por sí vacía, y luego él se sentó en la cama. Le decía aquí al joven, dijo el hombre, que todo es una cuestión de política, las putas elecciones. Son mis viejitos, dijo, cómo iba yo a hacerles eso, cómo creen. En realidad no había hablado del tema, Hugo llevaba ahí casi una hora, y aunque en parte sabía de qué quería hablarle el hombre, aún no escuchaba nada al respecto, todo ha sido, supuso, esa famosa cháchara para conocernos. Pero entonces sí, como apremiado por la nueva presencia en el cuarto, el hombre expuso el asunto, habló de la campaña montada en su contra, de que a los periódicos ni siquiera había que amenazarlos como en la vieja época porque ahora colaboraban hasta por propia iniciativa, todos se prestaban al auto de fe, y mencionó dos veces más a los viejitos. En principio, parecía que el proyecto del hombre era responder con otra campaña mediática sólo con ánimos de pastoreo, para reorientar a la opinión pública, para neutralizar a la prensa por medio de la prensa, aprovechando la coyuntura del inminente inicio de las campañas electorales. Hugo conjeturó si no habría pactado ya el hombre con alguno de los candidatos, y de hecho se imaginó a uno de esos políticos, a uno en específico, mocho y atildado, como si siguiera siendo el alumno empeñoso y venido a menos de los lasallistas, visitando a escondidas al hombre en ese mismo cuarto,

quizá usando un bigote postizo y un sombrero. Tengo el dinero, dijo el hombre, les puedo devolver a todos su dinero y con intereses incluso, lo único que necesito, dijo y se acostó en la cama con las manos atrás de la cabeza, posición que hizo casi dulce su voz, lo único que necesito es que cada uno me dé otros tres mil pesos, o dos, pongamos dos mil. El hombre se levantó, se apoyó en la mesa y luego movió los brazos como si despejara la mesa de papeles inútiles. Dile la verdad, dijo la mujer sin ningún énfasis, pacientemente. Luego volvió a hablar: anda, cuéntale, nadie nos va a ayudar, esto tienes que arreglarlo tú, tú vas a combatir y a defenderte. El hombre pareció no escucharla, seguía con las manos tensas sobre la mesa, como si estuviera concentrado en un mapa sembrado de fortificaciones, ríos y cordilleras. Tengo el dinero pero digamos que no lo tengo, dijo, está parado, congelado por ahí, haga de cuenta eso, el dinero está en un bloque de hielo resguardándose para el futuro, para que nadie se lo robe a los viejitos, ahí está el dinero, y para descongelarlo necesito esos tres mil de cada uno, pongamos dos mil, ya, dos mil, y entonces sí, la maquinaria se engrasa y todo comienza a marchar parejo, el dinero trabajando parejo y en un rato les devuelvo todo, con intereses y todo.

C. P. anuncia: Se aglomeran mis deseos como el pueblo a las puertas de una boda.

Llegaría a decir que se dedicó a lo que se dedicó por no haber podido seguir su carrera teatral. También habla-

ría varias veces de algunas de las obras que le habría gustado montar, obras que a Hugo no le sonaban hasta que dedujo que se trataba no de obras teatrales sino de libros, o no siempre libros, podían ser películas, videoclips viejos, que al hombre le habría gustado llevar a escena. Cuando apareció por vez primera ese tema en la plática, el hombre ni siquiera mencionó el título del libro ni en realidad aclaró nada; sin embargo, fue por lo que él juzgó interés evidente de Hugo que comenzaría a pensar que ese sujeto, ese joven, sería más útil que alguien mayor. Hablaba de la campaña desatada en su contra, de las fuerzas tradicionales de esta ciudad embalsamada, según dijo, que por miles de razones, todas obvias y todas inaceptables, no podían aceptarlo a él, no toleraban que un personaje sin mayor afán lucidor triunfara en sus empresas y de paso les enseñara cómo hacer lo que ellos tendrían que haber sabido hacer. Estoy lejos de querer ser protagonista, dijo, ni siquiera esa primera vez que pisé las tablas y cuando habría sido fácil que lo fuera, incluso apropiado: cómo le diré, todos lo pedían. Hugo tardó en enterarse de que el hombre se refería a una obra de teatro de la secundaria; el hombre manoteaba, distribuía personajes enanos en el aire, trazaba escenarios con los dedos, imitaba voces, y aunque hizo mención de algunos personajes de la obra —el león, el geógrafo, el borracho, por el cual todos se peleaban—, más bien estaba reproduciendo los momentos en que los actores y el director se repartían los papeles, y sobre todo el momento en que él rechazó el papel principal, lo que motivó que muchos de sus compañeros bajaran corriendo de la tari-

ma a las butacas para intentar convencerlo, estampida que pretendió emular desplazando los brazos y agitando los dedos como si salpicara algo. Pero dije que no, dijo el hombre. Luego se frotó la cara y se paró de la cama. Le tomó una mano a la mujer, se la apretó, se la soltó y dijo que nunca había pretendido figurar, ni entonces ni nunca. Nada, dijo, lo mío habría sido en todo caso dirigir la obra, si algo me hubiera gustado habría sido que me dejaran tranquilo ahí abajo, junto al director, pongamos eso, asistente del director. Créame que tenía ideas para la puesta en escena, buenas. Así has sido siempre, le dijo la mujer, como resignada; luego volteó hacia Hugo y preguntó: ¿puede una idea convertirlo a uno en forajido, en prófugo, en yo qué sé?

En realidad hubo muchos ejemplos más, sólo que ningún otro fue desarrollado como sí el que se ha dado en llamar el segundo. El hombre habló, por ejemplo, de beisbolistas, a los que no consideraba trabajadores, o de maestros de ceremonias, a quienes sí. Comenzó de hecho a hablar de un tío suyo, maestro de ceremonias de toda la vida en el gobierno del estado, y a quien en navidad, según recordaba, le pedían que fuera anunciando a los parientes conforme entraban a la casa de la abuela. Pero ese tío le trajo a la memoria al maestro Anaya, chatarrero, de quien era compadre. Mi tío era compadre suyo, dijo, y luego yo me hice también su compadre, aunque ni le bauticé a sus hijos ni él a los míos, nada, pongamos que mi tío me heredó a ese compadre, el maestro Anaya. El hombre veía muy poco al maestro Anaya porque se había mudado a otra

ciudad, donde le iba mejor con el negocio. La cosa es que ahora este maestro chatarrero ha empezado a vender no sólo toneladas de fierros viejos sino toneladas de casquillos. Así es, dijo el hombre, toneladas, y luego remarcó aún más: de casquillos. Hugo sonrió. ¿Tienes coche?, le preguntó el hombre, ¿qué coche tienes? Un Toyota, mintió Hugo, de los primeros que salieron aquí. Ah, entonces no, dijo el hombre mientras se buscaba algo en las bolsas del pantalón o más bien se rascaba, pero si tuvieras un, qué sé yo, un Ford, pongamos un Fiesta nuevo, o una camioneta, no sé qué camioneta pero gringa, seguro que en sus frenos vendrían casquillos mexicanos, en los discos de sus frenos habría metal de casquillos mexicanos, o sea gringos.

No podía definirse bien qué pasaba ahí, o incluso si pasaba algo. No podía decirse qué sensación despertaba ese lugar, no alcanzaba nadie a angustiarse por el vértigo ni a desesperarse por el tedio. Las cosas permanecían quietas pero a la vez todo parecía estar temblando, oscilando arrítmicamente como a punto de entrar a un movimiento mucho más notable y prolongado, como a punto de condenarse a eso. Y todo igual. Por ejemplo, el derroche de vigilancia, o más bien de registros y compuertas, pero a la vez la finta del nombre falso. El primer contacto sólo le había dicho eso a Hugo, que no diera el nombre real, que inventara uno cuando le preguntaran a quién visitaba. De haberlo sabido antes, Hugo habría dedicado una hora a pensar ese nombre, a elegir el más neutro y conveniente y a inventarle su historia. Como lo supo

al bajarse del coche, ya con el edificio enfrente —ambiguo, casi amable en su grisura: podía ser una escuela o una bodega, una maquiladora—, no pudo preparar nada, eran tantos los detalles en que, según creía, debía concentrarse, que todo se acumulaba en su cabeza o en sus párpados hasta más bien formar un zumbido, un hueco. Y entonces ya estaba ahí, tras los primeros controles, frente a una ventanilla y frente a una hoja donde debía apuntar su nombre y el de la persona a quien visitaba, y entonces dio con varias posibilidades, Baltasar Garzón, Javier Icaza, Eulalio González, terminó escribiendo Juan Fernández y luego pensó que el control sobre los movimientos ahí dentro se ejercía de otra manera: una hoja sucia, que nadie nunca iba a verificar —tan fácil como que cotejaran ese nombre con los registros para saber que no existía ningún Juan Fernández dentro—, que ni siquiera se confrontaría con la segunda hoja de la segunda ventanilla de registro, donde Hugo planeó escribir no Juan Fernández sino otro nombre, una hoja, en suma, que no serviría de nada, o al menos de nada para lo que se supondría —¿pero se supondría en dónde, por quién?— pero en la cual Hugo había sido ya obligado a dejar su letra manuscrita, su firma, incluso como en este caso su lenta inventiva para los nombres, razón por la cual, aun con la certeza de que esa hoja iba a guardarse en una caja sin haber sido leída por nadie, Hugo sintió una restricción desconocida, una vigilancia blanda y chapucera, mala leche, amistosa e injustificada que lo acompañaría mientras estuviera ahí. Su inventiva mediocre, eso pensó, más bien reprochándose por la simpleza de

Juan Fernández, nombre como de náufrago o de capataz. Cuando el Mosco se identificó en el comedor, Hugo recordó su propia inventiva, ésa sí real, para los nombres de bandas y de solistas: iban a buscarlo como para hablar de cualquier cosa y en una de esas salía el tema, la consulta, cómo ves este nombre o cómo ves aquel otro nombre, incluso si Hugo fuera en ese momento integrante de un grupo que sin duda podían los otros considerar un grupo rival. Y desde entonces, desde que abandoné o fui abandonado por la profesión, no sé, pensó Hugo, desde entonces ya no logro hacer ninguna otra cosa.

*Dice un cura, en un sermón dedicado a San Cristóbal:
¡Ponerse bajo la protección del niño a quien al mismo
tiempo protegían!*

Hugo, como suele decirse, había tenido que buscarse la vida de otras maneras. O bien: Hugo había tenido que buscarse la vida, simplemente. Un tiempo puso a trabajar una rocola que compró a crédito, otro rato organizó excursiones a grutas más o menos peligrosas o a playas vírgenes, también quiso abrir una agencia de publicidad. Y al fondo de todo, el periódico, algo que para él comenzó bajo la forma de un suplemento para jóvenes, según dijo el editor al ofrecérselo, y que terminó en lo usual, ese trabajo a veces extenuante y a veces inexistente, una especie de opereta donde se habían diluido los roles, la música y hasta el público pero a la que todos se habían ido subordinando hasta volverse inútiles para nada que no fuera esa pantomima. Un trabajo que no era nada,

que era esclavitud o pura farsa, según el ánimo del día, y que sin embargo los sujetaba como un tirano pobretón y lleno de miedo. Ahora bien, todo esto sirve para lo siguiente: en el periódico Hugo tiene muchas horas muertas. Entonces hay que hacer algo, normalmente hablar con alguien que también esté aburrido e inmovilizado. Así uno de ellos, quien le dijo a Hugo que el hombre había salido del avaro. El ocio es tal, pensó Hugo después de un rato, que llevamos un rato hablando del avaro y el león y los trajes o disfraces del avaro y el león y el zorro, increíble, más que ninguna otra vez. O el traje de baobab, frase o imagen que dejó a Hugo como alelado. Su amigo el periodista, reportero de deportes, dijo que al final nadie salió de baobab pero no, como pudiera creerse fácilmente, porque el libro no pide en realidad ningún baobab en tanto personaje, en el libro el baobab es un dibujo de un baobab, dijo el reportero, pero estábamos dispuestos, claro, a tomarnos una licencia en ese caso porque había un gran entusiasmo general por la posibilidad de que el baobab fuera un personaje y alguien saliera de baobab, o más bien había, como dedujo Hugo, una competencia general por el personaje de baobab, todos habrían querido ser el baobab, y en caso de que hubiera prosperado esa posibilidad habría que haber dado con un método de elección tan admirable como para designar al actor que haría de baobab sin que el resto entrara en confrontación, o peor, en un desgano que diera al traste con el montaje y probablemente con ese equilibrio mínimo que permite que un grupo de niños conviva todos los días durante años sin acabar renunciando en defi-

nitiva al mundo. No fue eso, dijo el reportero, porque aun sin saber qué era una licencia estábamos dispuestos a tomarnos una licencia con el libro. El asunto fue que resultó imposible imaginar el traje o el disfraz de baobab, o más que eso, resultó imposible o inviable hacer que cobrara existencia ninguna de las varias ideas que hubo al respecto. Y la de tu amigo, ahora lo veo, le dijo el reportero a Hugo, la idea del hombre este fue una de las más pobres, la verdad. En ese momento apareció ciertamente como una de las mejores y más convenientes —se trataba de una estructura de alambres y unicel revestida de tela; las piernas abiertas del actor ocuparían dos de los cuatro extremos de la estructura, otro la cabeza y el otro uno de los brazos, de tal forma que no se vieran las piernas del actor sosteniendo esa especie de molécula arborescente—, pero, según pensaba ahora el reportero, justamente porque el traje de baobab era inviable de principio a fin, las mejores ideas al respecto no tendrían que haber sido las más prácticas sino, definitivamente, las menos realistas, las que hubieran enloquecido a cualquier madre de familia al intentar construir las con su máquina de coser o sus botes de pegamento.

F. le escribe a su padre en una carta: Ha habido años que, contando con una salud perfecta, he pasado más tiempo en el sofá sin hacer absolutamente nada que tú en toda tu vida.

Alguna vez, pongamos hace doscientos años, en un mismo edificio vivía todo el mundo. Tiene usted que ima-

ginar eso, le dijo el hombre, estamos hablando de hace doscientos años, si no, no se entienden muchas cosas. Yo leo, usted creará que aquí leo porque no me queda de otra o porque no hay nada que hacer y algo hay que hacer para matar el tiempo, pero no, eso me dejó la secundaria sobre todo, dijo el hombre, leer, yo leo y los demás no leen, eso se ve claro, yo lo he visto porque yo leo, leo muchas cosas y ahí están las ideas, un montón de ideas que ahí están y yo me apropio de ellas, hago mis cosas y pienso: esto no va a tener ningún éxito, ¿no?, pienso, porque es una idea bien sencilla que ahí está, al alcance de cualquiera que lea, pero no, nadie lo ve, nadie se da cuenta, creen que soy muy listo, un genio para los negocios. Así es como yo veo que yo leo y nadie más lee, es clarísimo. Una vez leí eso y usted va a decir, dijo el hombre, ¿y como para qué ando yo leyendo eso? No se crea, no se crea, en todo hay algo, siempre alguna cosa mínima se puede sacar. Al menos, llevarlo a escena, me habría encantado montar ese libro. Hugo alcanzó a ver que el Mosco se asomaba desde el pasillo de enfrente. La gente no tiene idea, dijo el hombre y con el brazo pareció señalar hacia donde el Mosco había desaparecido, pero ahí leí que apenas hace doscientos años todo el mundo vivía en un mismo edificio. A ver, joven, dijo el hombre, aquí en este cuarto, en un cuarto de estos, quien durmiera solo en una cama sería el aristócrata del cuarto frente a quienes compartieran una cama, ¿verdad? Ahora lleve eso a un edificio. Hace doscientos años no había elevadores, por eso tiene usted que situarse en esa época para entender, los ricos no querían vivir hasta arriba, como

ahora, sino hasta abajo. En los pisos de abajo vivían los ricos, los aristócratas, luego los comerciantes, los profesores, ese tipo de gente, y así se iba diluyendo la escala hasta llegar a los pisos de arriba, los cuartos piojosos de los criados y las sirvientas. En cada edificio toda la escala concentrada, conviviendo, pongamos, al menos en las escaleras. Pero entonces llegó un tipo que rediseñó todo, inventó los barrios, aquí les decimos colonias pero estoy hablándole de París, dijo el hombre, el libro habla de París, el tipo este inventa los barrios, de modo que ya no serán los pisos bajos para la aristocracia y los altos para las criadas sino unos barrios para unos y otros para otros, nosotros aquí y ustedes allá. ¿Bien? Bueno, ahora sólo vaya desarrollando eso, dijo el hombre, después ya no barrios sino ciudades, unas ciudades para ricos, las capitales sobre todo, y otras ciudades para los miserables, los pueblos rurales pongamos, pero luego ya tampoco es eso sino países para los aristócratas y países para las ratas, como este país nuestro, países que son las camas compartidas o los pisos de hasta arriba o los barrios pobres o los suburbios, las afueras de la gran ciudad. Eso son nuestros países, estarás de acuerdo, dijo el hombre, quien se había arrodillado frente a la mesa a un lado de la mujer, las afueras del mundo. Piénsalo, dijo, viven en las afueras del mundo, hagan lo que hagan viven en las afueras del mundo, así recorran cientos de kilómetros para reubicarse, siguen sin rebasar los confines del extrarradio del mundo. La mujer le tomó el brazo como si el hombre no estuviera arrodillado, forzando su postura, sino propia y cómodamente sentado junto a ella.

En el infierno, M. dice a M.: Vislumbro la posibilidad de neutralizar a la prensa por medio de la prensa misma. Puesto que el periodismo es una fuerza tan poderosa, ¿sabes qué hará mi gobierno? Se hará periodista, será la encarnación del periodismo.

Pero un día uno de esos ricos de los pisos bajos o de los barrios ricos de la capital de los países millonarios ve que necesita a alguien, pongamos, que le atienda al padre enfermo y decrepito, y entonces un nativo del extrarradio deja su país de ratas y viaja al barrio rico del país rico y ocupa una buhardilla o un sótano piojoso porque es necesario que esté cerca y disponible las veinticuatro horas, el criado trae una foto y un radio de pilas en una caja y ocupa el sótano mugroso del edificio rico de la ciudad de la aristocracia y luego manda traer a su mujer o a su marido, sus hijos, algún padre viejo y enfermo o viejo y saludable, y entonces, dijo el hombre, es como si una célula de esas que habían logrado alejar y alejar hasta las afueras del mundo retornara a ese mundo y se incubara a sí misma, pongamos, y fuera creciendo y reproduciéndose hasta volver a ocupar las escaleras, sótanos y elevadores del gran edificio del país de los ricos. Hasta que, pongamos, el padre viejo y saludable y el enfermo y decrepito, los niños y los otros niños e incluso nuevos niños que han ido naciendo al calor de los acontecimientos, la esposa y la otra esposa, los criados y los criados de los criados terminan todos durmiendo en la misma cama, dijo el hombre: una noche, todos en esa misma cama mega king size donde antes, solitario, el padre decrepito desperdiciaba

con su sudorcito de agonizante las magníficas sábanas de algodón egipcio. ¿Le gusta la idea? Hugo se sintió desconcertado, se había perdido a la mitad de ese discurso, enunciado en parte como la razón por la que, según el hombre, se había desatado la campaña en su contra, su persecución, su descrédito. Al voltear a verla, comprendió que la mujer llevaba minutos limándose las uñas.

Para la tercera visita, pongamos que para la tercera visita, Hugo ya conocía el camino, más por recordar alguna pared sucia donde hubiera quedado la huella pálida y rectangular de un cartel recién retirado, unas junturas del piso sin retocar, salientes, un foco de más watts que el resto, que por haber memorizado los nombres o funciones de los distintos espacios que había que atravesar. Al final todo desembocaba en el patio, Hugo no estaba seguro de si el único o al menos el principal, era grande pero muy difícil de establecer como el patio único o principal al contrastar su tamaño con la vaga idea del tamaño total del edificio visto desde fuera. El Mosco, por tanto, ya no era necesario, ni siquiera para franquearle el camino, para evitarle algún contratiempo, porque a esa hora, la hora en que se habían acordado las tres visitas, el patio estaba vacío, apenas alguien lo cruzaba sin ánimos ni obligación de permanecer en él, un patio entonces poco riesgoso, según calibraba Hugo. Habría querido decírselo al Mosco, calibraba también las palabras con que podría decírselo, una frase corta y como de broma, o bien un rodeo hacia las ocupaciones del Mosco junto con una desvaloración de esa visita, soy de ese tipo

de visitantes que no importan, diría Hugo, no te preocupes, pero esta segunda opción era muy desafortunada, y viéndolo bien también la primera porque, pese a todo, estaba claro que el Mosco lo acompañaba por alguna razón, guiarlo, protegerlo, acatar una orden, devolver un favor, o tal vez para matar el tiempo, pensó Hugo, o por el gusto de verlo, en cuyo caso la segunda vez, cuando ya no hubiera sido necesario su acompañamiento, el Mosco de todas formas se habría ofrecido nomás para platicar un poco en el camino desde la cuarta entrada hasta el cuarto del hombre, en el segundo piso del comedor. En resumen: Hugo hablaba mucho pero sin decir nada, imaginaba frases y respuestas mientras su vista, pese a ir acompañado, reconocía losetas sueltas en el piso como si, ahí, su suerte dependiera de ello, y el Mosco, mientras, lo observaba, o más bien sentía de alguna manera esa especie de disociación entre algo que claramente Hugo quería decir y lo mucho que lo callaba, una tensión que el Mosco también podía calibrar, esa angustia de Hugo de estar en el mundo sin las palabras suficientes para dejar constancia de que se está en él.

Hubo momentos en que lo consideró un conocedor, incluso un profesional, pero si no, si no alguien que se hubiera dedicado profesionalmente a ello durante un rato, al menos sí una persona cercana de uno u otro modo al medio, quizá no tanto por las ideas sobre la conveniencia de adaptar y montar libros no pensados como obras de teatro, ideas sobre las que, por otra parte, Hugo no habría podido decir mucho, sino por lo convencido que

sonaba el hombre al soltarlas, como un pastor hablando a un público poco propicio, a quienes sabe que debe ganarse por vías oblicuas, mediante la farsa del desinterés, del no estarse jugando nada. Después de afirmar que aquello constituía un acto de insurrección, una revuelta frente a la tiranía de los genios, ante quienes uno se volvía el siervo cuyos gestos más ridículos, como rascarse los pies, están para siempre escritos en las acotaciones, el hombre insistió en que lo suyo habría sido la dirección, o más aún, ser asistente del director, porque ya el director, dijo, está peligrosamente cerca del titiritero. No tenía mayor talento para actuar en ese entonces, dijo, acuérdesse usted de esos ambientes de la escuela, usted los pasó hace no tanto, dijo el hombre y se acercó a la cama, pero se dio cuenta de que la mujer se había quedado dormida, no sabe cómo me lo pidieron, esas veces que la gente pide algo pero uno siente que lo están forzando, por eso acepté el papel del zorro, no era el protagónico, ellos querían que hiciera el protagónico, pero sí uno de los importantes, sobre todo porque representa la sabiduría, pongamos la veteranía, por ahí. Al llegar Hugo esa vez, el hombre ya había dispuesto la mesa, con los refrescos y las tortas, y despejado el piso para poder sentarse, y no bien se sentó Hugo, la mujer oscureció la imagen de la tele y subió el volumen. El hombre había hecho entonces una mueca torpe, un gesto mal aprendido como para indicarle a Hugo que en un momento estaba con él, que primero tenía que concluir la conversación pendiente, y luego se había acercado a la mujer para darle masaje en los hombros y la nuca mientras le aseguraba que la clave

era pensar que uno estaba solo, en el baño, y es más, que en el baño ni siquiera había un espejo. Con eso parecía haber terminado la plática, aunque el hombre siguió sobando el cuello de la mujer, quien, con los ojos cerrados, mostraba una expresión extraña, como si, encima de disfrutar el masaje, de alguna forma estuviera obligando al hombre a dárselo. Pero los movimientos del hombre no respondían a esa conjetura, eran, más allá de su eficacia real, los movimientos manidos de un especialista, de un maestro estoico que, fatigado pero con ganas de ocultar el desánimo, una vez más pone el ejemplo. De golpe había acabado el masaje. Luego, el hombre había ocupado su lugar en el suelo y comenzado a hablar de diversos oficios, entre otros el del maestro chatarrero, asunto que fue desarrollándose hasta derivar en las adaptaciones teatrales. Desde antes la mujer se había pasado a la cama y, por primera vez, pensó Hugo, se había desentendido de lo que ocurría en el cuarto. Después, tras acercarse a la cama, el hombre iba a empezar a hablar de la entrega del actor en un tono muy bajo y lento, como empeñado en crear una atmósfera de intimidad, de que, pese a todo, una vez aceptado y memorizado el papel del zorro, había descubierto que en el fondo no era tan malo para eso, una lástima, dijo, porque él ni de chiste quería estar ahí. Me daba vergüenza no la cosa de estar parado frente al público, para nada, dijo, sino estar actuando cuando yo no quería estar actuando, cuando sabía que no me tocaba eso, que no debía. El hombre se levantó por una torta y un refresco que puso luego en el piso, entre sus piernas. Entonces descubrí el sacrificio, medio vi mi

propio futuro, dijo, cuando estando frente al público hablaba como si estuviera solo.

Yakov piensa al ser liberado: ¿Puede una idea convertirlo a uno en aventurero?

Otra línea de la carta de F. a su padre: ...la sensación de nulidad que muchas veces se apodera de mí (una sensación, por otra parte y en otros aspectos, también noble y fructífera)...

No había muchas cosas ahí, no había montones de hojas, carpetas, recortes, corchos, libros, ni siquiera vasos de unicel o conos de papel. En el cajón del escritorio que compartía con otros dos tampoco había grandes documentos ni expedientes, parecía más el cajón de su buró o el cajón del buró de un adolescente, con cosas inservibles o descompuestas y amuletos igual de inútiles. Pero en ese momento Hugo habría querido encontrar otras cosas en ese cajón o en algún cajón de ese lugar, un historial, un buen resumen, notas, referencias cruzadas, teléfonos, fotos, aunque no sabía para qué, para escribir algo o sólo para saber algo más del hombre y entender mejor. En realidad lo que desconocía era si debía o no preocuparse por ello, si el ánimo de dedicarle tiempo no sería más bien una reacción fácil para matar el tiempo ahí, en ese sitio ahora despoblado, en cuyo caso el deseo de un archivo con el historial y las referencias tal vez no fuera entonces más que el deseo de sentirse apoyado, contar con un respaldo de las cosas, saberse ahí sentado, e inmóvil,

acompañado por una muy alta densidad de objetos, cosas singulares y proliferantes ya acostumbradas a ese espacio, hechas al lugar. En todo caso, se disfrutaba la silla giratoria, adquirida recientemente junto a otras quince o veinte, no hay computadoras nuevas o yo qué sé, diccionarios, pensó Hugo, pero tenemos esta silla giratoria que, eso sí, comparto con otros, la silla de los criados, pensó, lo que volvió a atarlo a su indecisión. Le pareció que la mayor terquedad del hombre no estaba en uno u otro tema, en los oscilantes rollos teatrales o en las tiradas obsesivas sobre las distintas formas de ganarse la vida, incluso más bien sobre la noción misma de que la vida es cosa que hay que ganarse, sino en la posibilidad de que ambas cosas entroncaran. El hombre, según recordaba Hugo, había dicho que, como casi nunca en su vida, sus impulsos se aglomeraban como gente enloquecida, lo cual hasta puede concederse que no quedó mal para el asunto de su verdadera vocación, los montajes y las adaptaciones, bien, pensó Hugo, el problema es que usó la misma comparación pueblerina para hablar de su negocio, de los viejos a quienes él, desde luego, no había engañado ni les había dado la espalda ni se las daría jamás. Hugo ya no se preguntaba, como por otra parte casi no lo había hecho desde la primera visita, si creerle o no, o es más, si ameritaba simular confianza con tal de no cerrar del todo las puertas de un remotísimo trabajo, un encargo que no más de diez minutos llegó a sonar prometedor, ni recordaba ya cómo el hombre volvió a hablar de una campaña bien orquestada y, caso único el mío, dijo el hombre, a la luz pública, a la vista de todos, sin mano

negra ni tenebra. En cambio, las piernas al aire en el sillón de los criados, Hugo pensaba en una boda de un pueblo, un pueblo de la sierra, una tormenta seca antes de oscurecer en un día de por sí gris, eléctrico, un pueblo casi de puros viejos que ya ni siquiera tenían niños a su cuidado, los novios de negro los dos, pocos asistentes afuera de la iglesia y más bien rezando por sus propias ansiedades o delirios, invitados que, al salir los novios al atrio, harían aspavientos para representar la aglomeración, se encimarían, se empujarían metódicamente, para terminar sobando y pisoteando a los novios, llenándolos de polvo. El hombre viste su traje del avaro, el hombre y la mujer son los novios.

Vamos a ver de qué es usted capaz, dijo el hombre. Lo dijo pronto en la primera visita y volvió a decirlo en la última, vamos a ver de qué eres capaz, pero lo que quería decir en principio había cambiado. La última vez se refería al ánimo, todo es cosa de aventarse, pensaba el hombre sin decirlo pero sugiriéndolo abrumadoramente, su propio cuerpo aventándose como en espasmos, la mueca sonriente, las manos junto al vientre como si lo cargaran para justamente lanzarlo al frente, este joven no acaba de dar color, necesito impulsarlo. Pensaba también que el joven, eso está claro, pensó, ya había entendido que podía irle muy bien con eso, podía sacar lo que nunca en su vida, pero que entonces tenía que entrarle, aventarse, todo es cosa de aventarse fuerte, dijo, usted no vea a los lados. En la primera visita lo había dicho cuando le preguntaba a Hugo por sus contactos en los medios, si tenía

gente para hacer anuncios en la tele y sobre todo, lo que más le preocupaba, para montar una campaña, algo, en internet, dijo, en las redes y los foros. Ahí se juega todo ahora, dicen, pensaba el hombre, eso dice ésta, y observó a la mujer. Hugo dijo que en internet se manejaba sin problemas, y que para lo otro sobraba gente, camarógrafos, productores, diseñadores. Al hombre le bastó. En realidad, la primera vez preguntó eso como por no dejar, porque cuando dijo: Vamos a ver de qué es usted capaz, no estaba en verdad tan interesado en capacidades técnicas como intuyendo, y entregado plenamente a su intuición, que todo se jugaría en lo que, con precisión, él mismo definía como entrarle. Puede ser cualquiera casi, le diría a la mujer cuando terminó la primera visita y Hugo se fue, pero este no está mal, da buena espina el joven. La mujer no estaba tan segura.

De una frase de P. M.: Esa angustia suya de estar en el mundo sin contar con palabras suficientes para dar testimonio de que se está en él...

Lo que a mí de verdad me latía no era tanto el baobab, dijo el reportero, y entonces sacó unos cigarros, un teléfono, unas llaves y un lápiz de las bolsas del pantalón y puso todo en el escritorio, como indicando que no pensaba irse pronto. Hugo había comprado una bolsa de vasos de unicel, unos refrescos de guayaba y una anforita de tequila, a él no se le antojaba tomar nada y en realidad no tenía idea de qué podría preferir el reportero, o más aún, ninguno de los trabajadores del periódico. El repor-

tero iba a terminar bebiendo el refresco directamente de la lata y dando unos tragos a la anforita, y Hugo rasgando con la uña un vaso de unicel, intentado ahí una difícil palabra manuscrita, ya fastidiado y con hambre. Desde el principio, sin darle mucha importancia, el reportero había contado lo que Hugo quería oír. Al hombre, que entonces no era más que otro adolescente torpe y ampuloso aunque, eso sí, más alto y menos descoordinado que la mayoría, no le interesaba gran cosa la obra, qué sé yo si quería o no dirigirla, había dicho el reportero, la obra le daba igual, él hizo el avaro, eso es un hecho, pero aunque hubiera hecho el zorro, órales, hizo el zorro como tú dices, dijo el reportero, no importa, le daba exactamente igual. Y eso, ese juicio, esa contundencia porque, según el reportero, al hombre, al adolescente alto y de bajo perfil que era entonces el hombre, lo que realmente le interesaba era el fut, por eso él lo recordaba bien, había dicho el reportero, había sido de todo, medio, arquero, lateral, bueno en cada posición, igual y el mejor, pero al final sobre todo había sido el árbitro, cosa muy rara porque decía que así tendría un puesto seguro. En fin, había dicho el reportero y Hugo había pensado que, en efecto, aquello no valía para más, estaba todo muy claro, o no muy claro, pero no importaba. Pero el reportero había entonces continuado, entre tragos al refresco y bocanadas de humo, su ya encarrerada evocación de la obra, en la que, según decía, él sí había puesto todo, se había entregado completo, se había incluso memorizado casi todos los papeles, hasta llegar de nuevo al asunto del baobab, ya no sé si eso estaba en el libro, según yo no, o

deja eso, dijo el reportero, ya no sé si en ese entonces ya sabía yo que eso ni de milagro estaba en el libro, pero me daba igual. Lo que a mí realmente me habría gustado no era el disfraz de baobab sino el de la serpiente, la boa, dijo, era boa, no serpiente, la boa devorando al baobab.

La última vez Hugo llegó más animado que las anteriores, al menos que las dos anteriores. Conocía ya el camino, saludaba al Mosco, había pensado, ahora sí con tiempo, con cierto esmero, un nombre creíble y no llamativo para los registros de entrada. Estaba claro que ahí no iba a haber ningún dinero para él, mucho menos para sus conocidos, camarógrafos o diseñadores, pero pensaba que, de alguna manera, otra cosa podría sacar de esas visitas. Al menos, la razón para no estar toda la mañana sintiendo que la oficina del periódico, hecha polvo, se le venía encima, o al menos, según pensaba en realidad, para rebasar las nueve calles en torno al periódico, las cuadras al alcance de las que no salía, y para entonces poder suponer que iba a reportear, a perseguir una nota que no se publicaría porque, para empezar, no iba a ser escrita. Cuando llegó, el hombre estaba solo sentado en la silla, las manos cruzadas, impaciente; al poco rato iba a entrar la mujer con un niño, vestido como de ranchero tejano y trazados unos bigotes largos en la cara, un niño gordo, de vientre grande y rígido, lo que parecía contribuir a su disfraz, pero el hombre no se iba a interrumpir para saludar, si no presentó nunca a la mujer menos va a presentar a su hijo, pensó Hugo, porque estaba echado a andar, ahora sí con urgencia de comenzar el trabajo. El

hombre hablaba de arrojito, de algo parecido a manejar con los ojos cerrados o con los pies amarrados, le decía a Hugo que tuviera cuidado, o más bien que no tuviera ningún cuidado con tantos tipos que le iban a decir que no le entrara, se le van a acercar para decirle que no le conviene, decía el hombre, que no se meta en esto, que palabras mayores y cosas así, pero, joven, el que le diga eso es porque quería la chamba y no la va a tener, puro resentido social. Hugo apenas lo escuchaba, o apenas hacía por descifrar los manoteos y las frases jadeantes, pensando que en ese momento lo que más hubiera querido habría sido entrevistar a ese niño serio, como vencido por el peso de espantosas responsabilidades, un ratón vaquero abotagado, en realidad, pensó Hugo, un líder de la confederación nacional campesina disfrazado de niño. Es que tuvo el festival de la primavera, dijo la mujer, atenta a la desconcentración de Hugo, me lo tuve que traer pero ya no los interrumpimos. La mujer regañó al niño, quien, tembloroso, el gesto fruncido, se comportaba como si juntos, él y su madre, estuvieran más bien regañando a un tercero, una hormiga, un borracho tirado, y luego salieron a grandes pasos. El cuarto quedó en silencio diez segundos, lo que, según Hugo, no había ocurrido nunca. Entonces Hugo dijo: por cierto, según esto usted salió de avaro, no de zorro. Un momento Hugo pensó que tendría que pararse e intentar algo, patear al hombre, quebrar uno de los refrescos, algo para lo que él se sabía torpe, así que en cuanto el hombre dio un manotazo en la mesa y empezó a aventar las películas a todas partes Hugo más bien pensó que intentaría hacer algo pero que aquello,

como quiera, iba a acabar muy mal, y que si gritaba quizá vendría alguien en todo caso para hacer fuerte al hombre. Sin embargo, siguió pensando en sus escasas posibilidades y las cosas seguían igual, estrellándose contra la pared, angustiándolo, desquiciadas, pero férreamente contenidas en ese marco de estruendo, así que, dentro de lo posible, Hugo fue calmándose, consciente de su respiración, del aire que lo vaciaba, y calibrando poco a poco cuánto duraría aquella escena, el hombre ocupando la mitad del cuarto tras la mesa, él arrinconado en el piso, ya no listo a reaccionar, ya tampoco abrazado a sus propias piernas sino suelto, entregado a una pasividad abrumadora, a una sensación de nulidad por otra parte y, en otros aspectos, también noble y fructífera.

El atildado, el lasallista perpetuo, afirmaba que no tendría ninguna contemplación con los defraudadores, frases muertas, *tolerancia cero*, *delitos de cuello blanco*, por las cuales, sin embargo, se había pagado un buen dinero. El rival, un abogado opaco, silencioso, hacía prometer una disputa cerrada, a la baja. Uno parecía hablarle a especies en extinción, maestros de civismo, adolescentes pudorosos, solteronas en pánico, y el otro reaccionaba triunfal a los intentos de sus asesores de imagen por disimular con frescura y cercanía, como decían, su larga carrera en Gobernación. A menos expectativas más impresores fantasmas, rotuladores fantasmas, colgadores suicidas de anuncios de plástico, pensó Hugo, entregadores de volantes, repartidores de trípticos, explicadores de trípticos fantasmas, creadores de eslóganes suicidas,

acarreadores de partidarios suicidas, contadores de votantes de plástico fantasma, eso es, pensó, plástico fantasma. No le quedaba nada, ni gasolina ni trabajo por hacer, había entregado ya las tres notas del día, tres declaraciones banqueteras, o más bien restauranteras, hoteleras, todo son sobremesas, desayunos, coffeebreaks, pensó, comida fantasma, *En conocido restaurante del centro, En lujoso hotel de las afueras de la ciudad*, de frases así había armado sus notas, párrafos diminutos, casi imperceptibles, como suele decirse, al gusto seguro del editor. No había literalmente nada más, nada pendiente, nadie en esa oficina en una tarde muerta, la hora en que, según la tele, las oficinas de los periódicos alcanzan su mayor densidad y fervor, ninguna cita ni amago de ella, los teléfonos en calma, los escritorios en calma, la silla giratoria sin chirriar, ninguna mosca o en todo caso ningún aleteo, la ciudad sin moverse, esa era la idea predominante, la ciudad sin moverse, como no ocurre más que una vez en la vida de cada habitante, apenas el ruido muy de fondo de alguna máquina, el engranaje maestro, pensó Hugo. Hora de salir.

Más que entrar para interrumpir todo aquello, pareció que la mujer, como si dominara ya esas artes, su duración, su ritmo, hubiera esperado a que las cosas se calmaran solas para, entonces sí, entrar y hacer de cuenta que nada había pasado, esa ancestral forma de recuperar el habla, un habla raspada pero nuevamente a la mano. Eso parecía, y un par de horas después Hugo llegaría a pensar que habría sido mejor de esa manera, él se ha-

bría levantado, habrían fijado una falsa cita próxima y se habría ido, no más de cuatro minutos en todo eso. La mujer, sin embargo, no bien olfateó la escena, mandó al niño a comprar refrescos y a pedir un trapeador en la tienda, luego acomodó la mesa, se sentó y comenzó a hurgar en su bolsa. Veía al hombre sin verlo, los ojos en las llaves y maquillajes pero de ese modo fijos en el hombre, pacientes e inmóviles en él. Entonces, tras algún rodeo sobre el momento, la coyuntura, el ambiente sobrecargado de amenazas y puñaladas, algo que este joven no ha conocido ni por encimita, dijo, el hombre comenzó a quejarse de Hugo, ese tipo de queja que es a la vez reclamo y concesión, una evidente mascarada y que, aunque se ahonda, va no obstante ablandando los ánimos, una queja, dijo, por haber sido interrumpido, por cortarle el vuelo y, sobre todo, según fue hallando lógica en sus palabras, por dar así el joven muestra de no saber priorizar, de distraerse con estupideces sin comprender dónde está lo importante, lo que le puede cambiar a uno la vida. Al final era eso, al final era una gran oportunidad, un trabajo, sí, pero que además de dejarle una muy buena ganancia podría catapultarlo a otras cosas, imagínate, dijo el hombre y volvió a sentarse en el piso junto a Hugo, como al término de un partido llanero de veteranos, imagínate que con esto te haces conocido, si lo haces bien te haces conocido, te vuelves el publicista joven de la ciudad, o el asesor joven, pongamos eso, te llaman los candidatos, te buscan los de relaciones públicas, te encargan una campaña. El hombre se juntó aún más, palmeó el hombro de Hugo, volteó a ver a la mujer

y dijo: ¿tiene usted idea de cuánto hay en eso, cuánto por una campaña como las de ahora? Claro que no tiene idea, pero es mucho, le resuelve a uno la vida. El hombre se paró y le pidió los refrescos al niño, que llevaba un rato afuera del cuarto, como un celador, para realizar una especie de brindis. La mujer sacó de su bolsa una cámara, llamó al niño y comenzó a sacar fotos incluso con Hugo aún sentado en el piso y el niño y el hombre de pie junto a él, alzando sus refrescos. Otras fotos los mostrarían a todos ya de pie, otras al hombre ligeramente tres cuartos en primer plano, al niño encucillado adelante, sólo a la mujer y Hugo, otra al hombre sentado en la mesa como si firmara un contrato, momento en el cual, además, había hablado al fin de un pago concreto, el cinco por ciento del dinero que él tenía que devolver. Cuando se acabó la pila de la cámara la mujer sugirió comprar unas tortas especiales. Mientras buscaba una pila nueva en la bolsa y daba al niño el dinero y las instrucciones precisas, el hombre aprovechó para alzar el colchón y sacar varios libros, de los que le dio uno a Hugo, tome, lea, lea, le dijo, lea usted, no le hará daño, lléveselo. Después se sentaron a comer en la cama, Hugo entre la mujer y el niño. Al final, cuando se acercó para acompañar a Hugo a la salida, le pidieron al Mosco que les sacara una foto a todos. Abrazados, sin dejar de ver al frente, el hombre comentó que ahí, y palpó la mochila que Hugo traía en la espalda, ahí podía enterarse de que el personaje ni siquiera se llamaba el avaro sino el hombre de negocios.

Se dice el actor de J. G. N. a sí mismo: Y desde entonces, desde que abandoné o fui abandonado por la profesión, no sé, desde entonces ya no logro hacer ninguna otra cosa.

Los resultados alteraron ciertas cosas. En realidad con cualquier resultado habría pasado, pues lo que se alteró era materia de convenios, pactos, contratos a punto de escribirse. Así en el caso del periódico, cuya apuesta falló por no haber anticipado el director que esta vez las fantasías de estabilidad y protección iban a encarnar mejor no en un policía, sino en un seminarista. Pero no todo estaba perdido, había simplemente que aguantar un rato, suavizar el perfil, o más bien irlo disolviendo sin aspavientos, hasta que un nuevo trato se acordara en una larga, inevitable sobremesa. Y mientras tanto, según se planteó, una buena oportunidad para rediseñar las secciones del periódico, el organigrama, la plantilla, incluso el mobiliario, uno más apto para épocas de austeridad. Hugo salió de la oficina a mediodía, le había tomado media hora guardar sus cosas en su mochila y diez minutos borrar o copiar tres o cuatro archivos de la computadora. Ya en la calle, buscó un lugar para sentarse y, después de siete años de no hacerlo, según calculó, compró unos cigarrillos. Entonces vio al Mosco, caminaba rápido para ganarle al semáforo, llevaba una camiseta del candidato ganador. Empezar de cero, despojarme de todo, pensó Hugo, gastarme el dinero del periódico, el último pago, no tener ni una moneda en la bolsa, así tendría que ser, pensó, y decidió que detendría al Mosco y lo invitaría a comer, en grande. Pero el Mosco iba a rechazar la invita-

ción, tenía prisa por llegar a ver a alguien. Así que, aun con las promesas de verse otro día, ya no iban a saber que ambos habían perdido el trabajo esa misma mañana, que ninguno había previsto esa posibilidad y que, en fin, no era tan grave ni en realidad ninguno quería hablar de eso. Si el Mosco hubiera podido quedarse a comer con Hugo no habrían hablado de eso, pero, después de muchas otras historias a lo largo de muchas horas, historias más extensas y complicadas, más absorbentes, el Mosco habría recordado entre tanto la fotografía que le pidieron tomar: un encuadre perfecto del niño atu-sándose los bigotes, de fondo las piernas y los pies de los adultos.

ÍNDICE

BE	7
PIES	47

Be y Pies de Gabriel Wolfson
se terminó de imprimir, mientras confiábamos en que
alrededor de las tostadas de pulpo saldría el tema,
en el mes de julio de 2015, en la ciudad de México.
El tiraje fue de mil ejemplares. En la composición
se utilizó la tipografía Century Schoolbook.